¿QUÉ PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE - DIRECTOR, JOAQUIN PEREZ MADRIGAL - AÑO X - N.º 510 - 6-X - 973

Crónica político-religiosa

La apología del socialismo

Por P. LOIDI

En pocos días se han producido en Madrid tres noticias de algún interés político-religioso.

● Es la primera el discurso del Fiscal del Tribunal Supremo, señor Herrero Tejedor, en el solemne acto de apertura de los Tribunales. Desde que fue designado para ese cargo, el señor Herrero Tejedor ha presentado la tradicional Memoria con singular diligencia; gracias a él, lo que antes era un trámite que pasaba desapercibido, es ahora esperado y comentado por el gran público. Este año nos ha explicado la marcha de la lucha contra las drogas, los accidentes de tráfico, los delitos menores y la delincuencia juvenil, de manera clara e interesante, que ha merecido general aplauso. Pero ha sido una pena que, por cuestión de horas, no haya alcanzado a incluir en su Memoria un asunto sutil y grave, que si no se corrige con la debida energía, esperamos ver incluido en su Memoria del año que viene.

● Es la apología del socialismo, que, ya cerrado su discurso, ha tenido unas manifestaciones descaradas con motivo del suicidio del presidente de Chile, Allende. Varios periódicos y revistas (*Triunfo*) de Madrid no han disimulado su simpatía por el socialismo y su caudillo americano. Especialmente osado es el recuadro que, a manera de esquela, publica el vespertino *Informaciones* del día 18 de septiembre, que mide 9 por 15 cm., y dice así: «*Salvador Allende Grossens, Presidente de la República de Chile muerto en defensa de la legalidad constitucional chilena. Con la adhesión hacia su persona y su obra, en el día de la Fiesta Patria, de unos ingenieros y arquitectos españoles.*» La víspera, el lunes 17, la *Hoja Oficial del Lunes* de Madrid, publicaba el mismo texto, pero a cargo de «*unos periodistas madrileños*». El *A B C* de Sevilla y *El Correo de Andalucía* también han publicado muy explícitas, aunque anónimas, adhesiones. En Las Palmas de Gran Canaria, veintidós abogados han pedido para Allende el Premio Nobel de la Paz. Por supuesto, la lista de apologías del socialismo debe de ser mucho más larga...

Es una pena que estos periodistas, ingenieros, arquitectos y abogados que proclaman su adhesión a «su obra», que ha sido marxista, no nos digan sus nombres. Convendría identificarles, porque quienes se adhieren al marxismo aprovechando el menor pretexto, como éste, utilizan luego también los Colegios Profesionales como tribunas políticas, en el peor sentido de la palabra, los desnaturalizan y revientan; de lo cual tenemos ya más de un ejemplo.

Esta situación hace que nos preguntemos si estarán vigentes o no todavía, y, en caso afirmativo, a quién corresponde aplicarlas, las leyes dictadas en zona nacional, durante la Cruzada, para castigar, entre otras propagandas, la del socialismo.

Anteriormente al suicidio de Allende, hemos detectado con frecuencia apologías del socialismo, y no sólo escritas, v. gr., los «posters» del «Ché» Guevara y las camisetas con la efigie del mismo estampada, que se venden impunemente en el rastro madrileño, y no sabemos dónde se fabrican. Por esta vez, no es la Iglesia el «chivo expiatorio» de todos nuestros males, sino que tenemos que buscar responsabilidades en otros ámbitos. Revisada una larga colección de estas propagandas socialistas, se aprecia de una parte que están montadas con previsión protectora, sobre eufemismos y significados equívocos de las palabras, para escurrirse de denuncias formales, y de otra, que estas precauciones van disminuyendo, a la vez que progresivamente crece el descaro y el atrevimiento en su manera de presentarse.

Y es que, como señalan todos los tratadistas de la guerra revolucionaria, el derecho positivo vigente, y no solamente el español, todavía no se han adecuado debidamente a las habilidades de la propaganda psicológica. Las cuales no presentan, en contrapartida a su impunidad, una limitación expresiva, sino que, además, disfrutan de una gran eficacia para conseguir en los lectores desarmados lo que pretenden. En el término concreto que nos ocupa, se ha hecho compatible el ensañamiento contra el nacionalsocialismo con el elogio de un socialismo nacional. Bromas así familiarizan a ciertos cerebros con el absurdo, y han permitido que nos hayamos habituado al término.

Mientras se estudian y ponen en práctica las medidas adecuadas contra esa forma de propaganda subversiva, de guante blanco, y vemos qué nos cuenta a este respecto el año que viene el señor Herrero Tejedor en su Memoria anual, conviene que nos esforcemos desde ya en cortar el juego de los malabarismos semánticos y velemos por la pureza del idioma y la precisión de las palabras.

● Por eso nos ha disgustado la manera de estar redactada la nota recogida en ese mismo número de *Informaciones*, referente a unos incidentes promovidos por los presos comunes de las cárceles de Sevilla y Teruel. Lo decimos con el máximo respeto, que no está reñido con la claridad que exige la lealtad. Es el más reciente ejemplo de ese confusionismo semántico que caracteriza a la propaganda psicológica. Se empezó llamando «productores» a los obreros; luego, a la subida de precios, «reajuste»; siguió la cursilería de llamar «empleadas del hogar» a las *chachas*, y tras una ya larga cadena de falsificaciones, llega ahora la de llamar «establecimientos penitenciarios», y aun escuetamente «establecimientos», a las cárceles, y a los presos comunes, «internos», como a los hijos de papa de cualquier colegio. ¿Con qué fin sino el de disimular la verdad? Aparte del aspecto festivo, el fenómeno es más grave de lo que parece. Esta gravedad se aclara y detalla en el magnífico estudio del profesor Plinio Correa de Oliveira, «Trasvase ideológico inadvertido y Diálogo». (Editorial Speiro, General Sanjurjo, 38, Madrid. 60 ptas.)

Expuestas brevemente estas tres últimas noticias, queda por aclarar lo que algún lector se estará preguntando: ¿Y la religiosa? Porque esta crónica se titula «político-religiosa». La apología del socialismo, además de una traición política, es un pecado contra el primer mandamiento. Manda éste amar a Dios sobre todas las cosas; luego, a su Iglesia; luego, defenderla de sus enemigos, entre los que figura en vanguardia el socialismo, construido sobre la destrucción del principio de subsidiariedad, que es el más firme cimiento de la doctrina social de la Iglesia. La apología del socialismo es tan grave pecado como militar en organizaciones anticristianas, o votar al Frente Popular. Titular esta crónica «político-religiosa» ha sido una broma para hacer picar al lector ingenuo y convencerle de que tiene que dar un repasito a la doctrina cristiana.

15 PTAS.

LA VIRGEN DEL PILAR EN LA CRUZADA

Por FELIX LASHERAS BERNAL

En los aledaños de su fiesta anual queremos recordar algunos hechos que presenciamos y en los que la Santísima Virgen del Pilar fue su principal protagonista. *Forsan et haec olim meminisse iuvabit.* Una vez más se cumple el vaticinio virgiliano. Gusta ahora exhumar tristes memorias.

En la madrugada del 3 de agosto de 1936, un avión rojo atacó la basílica famosa, la casa de la Madre, el templo de la raza. Dos bombas atravesaron las bóvedas y fueron a estrellarse en el pavimento, a escasos metros de la imagen. La otra se clavó en la calzada de la plaza, muy cerca del muro. Ninguna de las tres hizo explosión. Estos son los hechos. Se dijo entonces que los artefactos —totalmente a punto— debieron funcionar. Se ha afirmado después que las espoletas habían sido previamente retiradas. Creo que la discusión es absolutamente bizantina. Hay almacenadas unas máquinas de guerra preparadas para su misión específica de destrucción. Alguien las carga y el aviador acciona los mandos y se dirige a Zaragoza desde Barcelona. Sin duda que no iba a darse un paseo. Es lo mismo que Dios mueva un corazón que inutilice esos artefactos o que, lanzados aquéllos, quede por milagro frustrada la intención demoledora. A la sazón, hallábase en obras la basílica, saturada de andamios de madera. Un incendio, provocado por la dinamita, hubiera sido fatal. Pero la Virgen quiso que su casa quedara indemne. Permanecen como testigos los agujeros de la techumbre, los proyectiles colgados de sendas columnas y un trozo de mármol en la plaza, en forma de cruz, con la inscripción 3-VIII-1936. Los adoquines levantados dibujaban el signo redentor.

Me encontraba yo entonces en Teruel. No sé cómo llegó la noticia a aquel frente en la misma mañana. Sin que nadie nos convocara se formó en la capital una tumultuosa manifestación presidida por el señor obispo P. Polanco, los jefes militares, teniente coronel García y comandante Aguado, y las restantes autoridades. Entre vítores y cánticos nos dirigimos desde la plaza del Torico a la parroquia de San Andrés, en donde se veneraba y se sigue adorando la imagen del Pilar en un altar muy devoto. Desde allí nos arengó el señor obispo. Recordando el episodio de Moisés, orando él mientras su pueblo luchaba, nos animó a pelear y a rezar. Porque «no radica la victoria en la muchedumbre del ejército, sino en la fortaleza que del cielo baja». Entonamos la Salve y el vibrante Himno del Pilar y nos disolvimos enardecidos en amor a la Virgen y a la Patria.

Justamante en la octava de aquella manifestación de fe y de piedad caía el comandante Aguado, bravo legionario, luchando gloriosamente en el primer combate serio trabado en este frente, y con él el ingeniero señor Loaces. El párroco de San Andrés fue fusilado en un campo de prisioneros, y en los postreros días de la guerra eran también asesinados el señor obispo y el teniente coronel García.

No iban transcurridos muchos meses cuando la iglesia de San Andrés se desplomó en un bombardeo, pero la Virgen del Pilar quedó en su puesto. Trasladada a la iglesia del Salvador, aquí le dimos culto hasta la caída de Teruel. Reconquistada la plaza el 22 de febrero de 1938, apareció mutilada entre los escombros del seminario. Restaurada seguidamente, fue entronizada en la iglesia de San Pedro, la de la tumba de los Amantes. Hace ya años volvió a San Andrés, a un altar más bello que el primero.

El 15 de diciembre de 1937 amaneció cercada la ciudad de Teruel, y el 8 de enero siguiente caía en poder del enemigo, como se desprende del árbol la fruta madura. No hubo cobardía ni traición. Soy testigo de abundantes episodios heroicos, que he narrado en más de una ocasión. Heroísmo español mejor que espartano. Los defensores fuimos desparramados por las cárceles rojas y allí éramos acogidos por otros patriotas, aherrojados también. Quisieron éstos saber lo que pasaba en la España nacional y nosotros saciábamos abundantemente la curiosidad de hijos que apetecen noticias de su madre ausente. Pronto formamos peña los aragoneses cautivos y, naturalmente, hablamos en seguida del Pilar. Los recién llegados describíamos con los más vivos colores el estado de las obras del templo, no interrumpidas durante la guerra; el milagro de las bombas, las visitas de Franco, el abrazo de Mola, la arenga de Millán Astray, los Rosarios de la Aurora, la basílica siempre llena, las visitas colectivas de las fuerzas armadas, los capellanes ocupando el púlpito con su atuendo de campaña, la guardia permanente de las milicias, las peregrinaciones de los pueblos aragoneses, las repetidas manifestaciones patrióticas y tantas y tantas cosas.

Mientras consumíamos nuestros forzados ocios y entreteníamos la inacabable espera, llegó el 12 de octubre de 1938, que me sorprendió en la Prisión Celular de Valencia. Había que solemnizar la festividad de nuestra Patrona, y para ello nos reunimos unos pocos en la celda del cartero en la cuarta galería. Allí, a la misma hora que la Misa de Infantes de Zaragoza, ofrecí el santo sacrificio sobre una mesa cubierta con limpios manteles, que presidía un cuadro de la Santísima Virgen del Pilar.

A quienes sólo de oídas conocen las cárceles rojas, les sorprenderá quizá que en las prisiones de un Estado ateo y perseguidor, que asesinaba a obispos, sacerdotes y católicos sólo por serlo, pudiéramos conseguir formas, vino, velas, misal, manteles y hasta cuadros religiosos y campanillas. Es que siempre la necesidad aguza el ingenio. Además, no nos faltaron colaboradores, incluso entre nuestros mismos guardianes. Por aquellas fechas, todos estaban ya convencidos de la victoria de Franco y algunos querían congraciarse con nosotros.

Discurre el Turia cabe las tapias de nuestra prisión, y como los cautivos de Babilonia, estábamos sentados a la vera del río. Pero no llorábamos ni colgábamos de los sauces desmayados nuestras cítaras, sino que de nuestros pechos baturros brotó cien veces la jota, coreada por nuestras cuerdas vocales a guisa de guitarras, para cantar exaltados a la Virgen del Pilar.

Sonó por fin la hora de nuestra liberación, que fue tres días antes del último parte de guerra. El 29 de marzo de 1939 se quebaron las duras rejas. Ostentando algunos boinas rojas y camisas azules, todo en marcial formación, precedidos de las enseñas de España y del Movimiento, irrumpimos en la calle como torrente desbordado. Un aguerrido falangista, trepando como un tigre, arrió del mástil del portalón el trapo rojo e izó la bandera nacional. Ni yo sé cómo obtuvimos camisas, boinas y banderas. Ebrios de entusiasmo cantamos y gritamos himnos y vivas a España y a Franco. Por encima de todos se oyó un escalofriante: «¡Viva la Virgen del Pilar!» Era el soldado de Morata de Jalón —hoy varias veces abuelo— que, desencajados los ojos, prietos los puños, abierta la espita de rabia mal contenida, lanzó aquel grito retador en la guerra, tranquilizador en la paz.

Como por terreno a tanto precio conquistado caminábamos algunos «presos» por la vereda que conducía desde Mislata a Campanal. Llevábamos una misión sagrada. Uno de mis compañeros, el popular jotero de Teruel «Titarra», q. e. p. d., volaba en busca de su hijo, recluido también en un campo de trabajo no lejos de la «Modelo», y nosotros le servíamos de escolta, dispuestos al asalto al campamento sin más armas que nuestros puños. Pensábamos que quizá no habría llegado aún a ellos el pregón de la victoria y estábamos seguros de rendir a cualquier esbirro que osara interponerse entre los corazones de un padre y un hijo, baturros los dos. Pero una música lejana amansó nuestra furia. Los pies se clavaron en tierra. Eran rasgueos de guitarras y bandurrias, era la jota aragonesa. Nuestras gargantas rugieron todas: «¡Viva la Virgen del Pilar!» Corrimos como locos, irrumpimos en la ronda, nos abrazamos con nuestros hermanos y no sé aún qué fuerza humana pudo arrancar al muchacho de los nervudos brazos de «Titarra» padre.

Salí de Valencia en la caja de un camión, envuelto en una lona. Tumbado sobre las tablas, sin ningún mullido ni cabezal, no recuerdo haber realizado en mi vida un viaje tan cómodo. Recorridas las difíciles carreteras del Maestrazgo y atravesadas las floridas vegas bajoaragonesas, contemplé por fin el Ebro. No me entretuve en cantar el «Coro de Repatriados», de la popular zarzuela, porque tenía que abrazar a mi madre y ansiaba besar el Pilar.

El mismo día de la Victoria, el primero de abril, rendí viaje en Zaragoza y pude celebrar la Santa Misa sin espías, sin temores, con cáliz de oro, revestido con ornamentos sagrados, en la capilla de San Juan Bautista, del templo de la Santísima Virgen del Pilar.

¿QUE PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE

(Depósito legal: M. 7-1961)

DIRECCION Y REDACCION: Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto	15 ptas.
Suscripciones:	
Semestre	350 ptas.
Anual	650 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual	700 »
Países de Europa, suscripción anual	900 »
Resto del mundo, suscripción anual	1.000 »

Por si sirve de algo

La carta de José Antonio al General Franco

Por JOAQUIN PEREZ MADRIGAL

Salazar Alanso, dominador de la situación, no podía imaginarse que, precisamente por eso, sería declarado «cesante» cuando la ocasión llegara... No eran «convenientes» los gobernantes decididos a gobernar; se iban eligiendo los bien dispuestos a que «los gobernasen».

Así las cosas, se sabía que el señor Azaña se había trasladado a Barcelona. Esta, se pensó siempre por los cipayos de las Internacionales, sería *el baluarte de la República*. Azaña y Companys coordinaban planes para el proyectado levantamiento. Procederían, sin duda, al estudio y modo de fortificar y asegurar la inexpugnabilidad *del baluarte*. Sobre todo, tendrían que impedir la entrada en Cataluña de tropas del Ejército español. A propósito de esto, escribió Dencás, Consejero de Gobernación de la Generalidad de Cataluña:

«Con arreglo al primer plan se calculaba que cuatro mil hombres armados de mausers y de 60 ametralladoras eran suficientes para la defensa de la frontera. El proyecto relativo a la defensa de Barcelona fue encargado al comandante X y a mí. Dividimos Barcelona en tres zonas. La primera comprendía Capitanía General, Parque de Artillería, Aeronáutica Militar y campo de aviación.

En la segunda zona estaba prevista la táctica de elementos hostilizantes al enemigo. Esos comprendían el cuartel de las tropas dentro de la ciudad.

La tercera zona abarcaba la Generalidad, Gobernación, estaciones de radio y telégrafos.

Mientras se realizaban estos estudios, yo entablaba negociaciones para la compra de armamento en distintos países de Europa.

Se nombró un Comité revolucionario, representado por «Nosaltres Sols», «Palestra», «Partit Nacionalista Catalá», «Unió Socialista de Catalunya», «Unió Democratica de Catalunya», «Acció Catalana», «Esquerra Republicana de Catalunya», «Estat Catalá» y «Partit Nacionalista Republicá d'Esquerra».

Se creó una fabrica para la fabricación de liquidos inflamables, gases lacrimógenos y tubos protectores de cortinas de humo.

A mediados de septiembre, el señor Lasaleta, director de la Compañía Hispano-Sulza, venía a mostrarme los planos de carros blindados que le fueron encargados para las necesidades de la Policía.

De cara al pueblo —afirma Dencás en su libro—, el Gobierno de la Generalidad tomaba una actividad valiente y decidida, iniciada con mi nombramiento y seguida con una campaña prerrevolucionaria realizada por toda Cataluña con discursos, conferencias, concentraciones y todos los medios de propaganda. En esta campaña tuvieron relieve especial los discursos del presidente Companys, los cuales contenían conceptos de un tono revolucionario muy acusado. Las reseñas que de ellos aparecen en la *Hoja Oficial de los Lunes*, de los meses de julio a octubre, son testimonio irrecusable de esta afirmación, a pesar de que aquellas reseñas eran arregladas por el mismo presidente, el cual corregía personalmente las pruebas y procuraba suavizar algunos conceptos, pues si hubieran sido publicados tal como habían sido dichos, habrían provocado un fuerte escándalo en los medios gubernamentales de Madrid.

Mientras de cara al pueblo se practicaba esta política de energía se entabló otra de negociaciones con el Gobierno Samper de Madrid.»

No explica Dencás qué negociaban Samper y Companys ni sobre qué materia. El Gobierno de Madrid no podía ignorar lo que se preparaba en Cataluña, con el señor Azaña al pairo. Salazar Alonso lo sabía muy bien. Pero ¿de qué iba a valerle?

El caso era que las Internacionales Invasoras ya tenían desplegadas sus fuerzas, en su sector de operaciones cada una, con mandos, armas y masas de combatientes a punto. Frente a eso, el señor Samper, aturdido y negociador, entorpecía, por obediencia al Presidente de la República, que la Nación fuese defendida y salvada.

El 24 de septiembre, José Antonio Primo de Rivera, supersensible, valeroso y avizor, se dirige al General Franco, entonces Comandante General de las islas Baleares. Don Ramón Serrano Súñer, diputado a Cortes como José Antonio, es el portador de la carta del Jefe de la Falange. Le decía éste al General Franco:

«Mi General: Tal vez estos momentos que empleo en escribirle sean la última oportunidad de comunicación que nos quede, la última oportunidad que me quede de prestarle a España el servicio de escribirle. Por eso no vacilo en aprovecharla con todo lo que, en apariencia, pudiera ello tener de osadía. Estoy seguro de que usted, en la gravedad del instante, mide desde los primeros renglones el verdadero sentido de mi intención y no tiene que esforzarse para disculpar la libertad que me tomo.

Surgió en mí este propósito, más o menos vago, al hablar con el ministro de la Gobernación hace pocos días. Ya conoce usted lo que se prepara; no un alzamiento tumultuario, callejero, de esos que la Guardia Civil holgadamente reprimía, sino un golpe de técnica perfecta, con arreglo a la escuela de Trotsky, y quién sabe si dirigido por Trotsky mismo (hay no pocos motivos para suponerlo en España). Los alijos de armas han proporcionado dos cosas: de un lado, la evidencia de que existen verdaderos arsenales; de otro, la realidad de una cosecha de armas risible. Es decir, que los arsenales siguen existiendo. Y compuestos de armas magníficas, muchas de ellas de tipo más perfecto que las del ejército regular. Y en manos expertas que probablemente van a obedecer a un mando peritísimo. Todo ello dibujado sobre un fondo de indisciplina social desbocada (ya conoce usted el desenfreno literario de los periódicos obreros), de propaganda comunista en los cuarteles y aun entre la Guardia Civil y de completa dimisión, por parte del Estado, de todo serio y profundo sentido de autoridad. (No puede confundirse con la autoridad esa fría verborrea del ministro de la Gobernación y sus tímidas medidas policíacas, nunca llevadas hasta el final.) Parece que el Gobierno tiene el propósito de no sacar el ejército a la calle si surge la rebelión. Cuenta, pues, sólo con la Guardia Civil y con la Guardia de Asalto. Pero por excelentes que sean estas fuerzas, están distendidas hasta el límite, al tener que cubrir toda el área de España, en la situación desventajosa del que, por haber renunciado a la iniciativa, tiene que aguardar a que el enemigo elija los puntos de ataque. ¿Es mucho pensar que, en un lugar determinado, el equipo atacante pueda superar en número y armamento a las fuerzas defensoras del orden? A mi modo de ver esto no era ningún disparate. Y seguro de que cumplía con mi deber, fui a ofrecer al ministro de la Gobernación nuestros cuadros de muchachos por si llegado el trance quería dotarlos de fusiles (bajo palabra, naturalmente, de inmediata devolución) y emplearlos como fuerzas auxiliares. El ministro no sé si llegó siquiera a darse cuenta de lo que le dije. Estaba tan optimista como siempre, pero no con el optimismo del que compara conscientemente las fuerzas y sabe las suyas superiores a las contrarias, sino con el de quien no se ha detenido en ningún cálculo. Puede usted creer que cuando le hice, acerca del peligro, las consideraciones que le he hecho a usted y algunas más, se le transparentó en la cara la sorpresa de quien repara en esas cosas por primera vez.

Al acabar la entrevista no se había entibiado mi resolución de salir a la calle con un fusil a defender a España, pero sí iba ya acompañada de la casi seguridad de que, los que saliéramos, íbamos a participar dignamente de una derrota. Frente a los asaltantes del Estado español, probablemente calculadores y diestros, el Estado español, en manos de aficionados, no existe.

Una victoria socilista ¿puede considerarse como mera peripecia de política interior? Sólo una mirada superficial apreciaría la cuestión así. Una victoria socialista tiene el valor de invasión extranjera; no sólo porque las esencias del socialismo, de arriba abajo, contradicen el espíritu permanente de España; no sólo porque la idea de Patria, en régimen socialista, se menosprecia, sino porque de modo concreto, el socialismo recibe sus instrucciones de una Internacional. Toda nación ganada por el socilismo desciende a la calidad de colonia o de protectorado.

Pero, además, en el peligro inminente hay un elemento decisivo que lo equipara a una guerra exterior; éste: el alzamiento socialista va a ir acompañado de la separación, probablemente irremediable, de Cataluña. El Estado español ha entregado a la Generalidad casi todos los instrumentos de defensa y le ha dejado mano libre para prepararse los de ataque. Son conocidas las concomitancias entre el socialismo y la Generalidad. Así, pues, en Cataluña la revolución no tendría que adueñarse del poder: lo tiene ya. Y piensa usarlo, en primer término, para proclamar la independencia de Cataluña. Irremediablemente, por lo que voy a decir. Ya sé que, salvo una catástrofe completa, el Estado español podría recobrar por la fuerza el territorio catalán. Pero aquí viene lo grave: es seguro que la Generalidad, cauta, no se habrá embarcado en el proyecto de revolución sin previas exploraciones internacionales. Son conocidas sus concomitancias con cierta potencia próxima. Pues bien; si se proclama la República independiente de Cataluna, no es nada inverosímil, sino al contrario, que la nueva República sea reconocida por alguna potencia. Después de eso, ¿cómo recuperarla? El invadirla se presentaría ya ante Europa como agresión contra un pueblo que, por acto de autodeterminación, se habría declarado libre. España tendría frente a sí no a Cataluña, sino a toda la anti-España de las potencias europeas.

Todas estas sombrías posibilidades, descarga normal de un momento caótico, deprimente, absurdo, en el que España ha perdido toda noción de destino histórico y toda ilusión por cumplirlo, me han llevado a romper el silencio hacia usted con esta larga carta. De seguro que usted se ha planteado temas de meditación acerca de si los presentes peligros se mueven dentro del ámbito interior de España o si alcanzan ya la medida de las amenazas externas, en cuanto comprometen la permanencia de España como unidad. Por si en esa meditación le fueran útiles mis datos, se los proporciono. Yo, que tengo mi propia idea de lo que España necesita y que tenía mis esperanzas en un proceso reposado de madurez, ahora, ante lo inaplazable, creo que cumplo con mi deber sometiéndole estos renglones. Dios quiera que todos acertemos en el servicio de España.

Le saluda con todo afecto, *José Antonio Primo de Rivera*.

¡Qué visión ancha y profunda de la tragedia nacional la del fundador de la Falange! ¿Cómo no había de alarmarse ante el optimismo puramente gubernativo del Ministro de la Gobernación, apegado a sus informes locales, a sus cálculos de fuerzas meramente físicas, en tal o cual zona del país, y a sus preocupaciones doctrinales de régimen y de partido? Lo que a José Antonio le desazonaba era precisamente que ni el Ministro de la Gobernación ni nadie extendiese la mirada y levantase el corazón más allá y por encima de la tremenda colisión que se anunciaba. ¿Qué había detrás o en el fondo del asalto que se iba a producir? José Antonio le dijo al General Franco: las Internacionales se disponen a la invasión de España, van a romper la unidad de España, a liquidar el destino histórico de España, a aniquilar su espíritu de permanencia en lo universal. *Toda nación ganada por el socialismo, desciende a la calidad de colonia o de protectorado.* Eso le dijo José Antonio, en septiembre de 1934, al General Franco... ¿A qué han descendido las naciones ganadas por el socialismo soviético?

● Iba a producirse la insurrección. El diario «El Socialista», jactanciosamente, la anunciaba:

«Las nubes —publica el 27 de septiembre— van cargadas camino de octubre: repetimos lo que dijimos hace unos meses: ¡*Atención al disco rojo*! El mes próximo puede ser nuestro octubre. Nos aguardan jornadas duras. La responsabilidad del proletariado español y sus cabezas directivas es enorme. Tenemos nuestro ejército a la espera de ser movilizado. Y nuestros planes de socialización.»

Por su parte, «Renovación», órgano de las juventudes socialistas, publicaba las siguientes tranquilizadoras consignas:

«Supresión, a rajatabla, de todos los núcleos de fuerza armada desparramada por los campos. Supresión de todas las personas que por su situación económica o por sus antecedentes puedan ser una rémora para la revolución. Supresión total de las fuerzas de Asalto. No la eliminación de jefes y oficiales sospechosos, sino la destrucción total. El aniquilamiento y la aplicación de Tribunales Populares a todos los individuos del Cuerpo, para que respondan de su actuación dentro del Estado burgues. Muchas sentencias habrá que firmar. Estamos seguros de que, antes y después, los jóvenes socialistas, con entusiasmo, estarán dipuestos a darles cumplimiento.»

Desde Barcelona

Todo, todo, conforme a la vigente Ley de Prensa e Imprenta

Por FRAY C. SANTE

El rotativo barcelonés *Solidaridad Nacional* —perteneciente a Prensa del Movimiento— dejó estupefactos a los barceloneses el pasado día 13 de septiembre por su editorial de primera página, habitualmente titulado «sello urgente», que firmada por Hermes era dedicado aquel día a Salvador Allende.

Para empezar, Hermes se despachó así: «Que nos perdonen los nuevos dirigentes de Chile, pero nos costará algún tiempo digerir la noticia del suicidio de Salvador Allende. En todo caso, el presidente chileno, a nuestro leal modo de ver, merecía mejor suerte que la que le ha cabido encerrado en las cuatro paredes de la Casa de la Moneda.»

Tres días después, los diarios daban cuenta de que la señora Hortensia Bussy, viuda del presidente Allende, en una entrevista que concedió al periodista Jacobo Zobludowsky, que fue difundida por la Televisión Nacional de Méjico durante el programa «24 horas», había confirmado el suicidio de su esposo con la metralleta que le regaló el comandante cubano Fidel Castro.

Por consiguiente, hubo suicidio, y la suerte de Allende fue decidida por su propia voluntad, sin que a los militares chilenos les alcance ninguna responsabilidad en su muerte. Allende era una pieza testifical demasiado preciosa para dejársela escapar sin vida. Podía aclararles a los nuevos gobernantes múltiples entresijos de la «vía chilena al socialismo», que ahora, con su suicidio, han quedado pendientes de ulterior investigación. Allende era necesario vivo, y por eso se suicidó. Mejor dicho, no tuvo más remedio que suicidarse, pues ya no interesaba a la extrema izquierda que le desbordó, lo estrujó hasta el máximo, y ya no les interesaba. Inservible para los extremistas de la «Unidad Popular», les era más útil muerto y convertido en mito y, por eso, con todo y ser marxista, no le permitieron gobernar y provocaron una reacción general. Hoy, Allende es un mito y un instrumento revolucionario de las cajas de resonancia que forman —o mejor dicho, deforman— a la opinión pública mundial.

¿Cómo no lo comprendía así «Hermes» en *Solidaridad Nacional*...?

Pero lo más grave de dicho editorial está en que presentando a Allende como «respetuoso en las reglas del juego establecidas» ... «SU REVOLUCION EN LA DEMOCRACIA SE HA QUEDADO EN PURO EXPERIMENTO SIN REMATAR». ¿Es una lamentación? ... El editorial concluye así: «Chile se encuentra en estos momentos partido en dos, *con el agravante de un fracaso revolucionario que quiso ser constitucional y no alcanzó sus objetivos*. La Historia juzgará a Allende, pero también juzgará a los demás.»

¿Desde cuando un fracaso revolucionario —el de la «vía chilena al socialismo»—, patrocinado por un marxista, es un agravante para el futuro de cualquier pueblo y nación? ¿Cómo es posible que así se exprese *Solidaridad Nacional*, perteneciente a la Prensa del Movimiento? Para muchísimos barceloneses que no han perdido la memoria, algo no anda muy bien en ciertos sectores periodísticos de origen antimarxista fundacionalmente y adversarios del pluripartidismo. Que ahora *Solidaridad Nacional* afirme, con respecto a Chile que «lo prudente hubiera sido aunar los esfuerzos de todos los grupos políticos no extremistas, para no empujar al presidente hacia posiciones apuradas» para que en Chile el marxista y masón Allende pudiera alcanzar los objetivos que se había propuesto, resulta incomprensible a la luz de los ideales que informaron el espíritu de la Cruzada, que deben ser coherentes con nuestros mejores deseos hacia todos los pueblos del continente americano. Y éstos son irrealizables con el marxismo, tanto si es de «vía democrática» como si es de procedencia guerrillera. Hay «experimentos» que por ser más peligrosos son más repudiables...

Para los españoles que no han perdido la memoria, guardan asombrosa concordancia (y constituyen una imagen retardada de la Historia de España desde 1931 hasta la victoria de abril de 1939 contra el republicanismo anarco-marxista-masónico-separatista de la coalición de los partidos del Frente Popular creado por orden de Moscú) las allendistas afirmaciones de constitucionalidad, tácticamente verbalistas, para proseguir la tan aclamada —y fracasada— «vía chilena al socialismo»; o sea, la utilización del poder y de la legitimidad formal, aparente, sin legitimación de ejercicio, para revestir el sistema a una situación de vigencia marxista sin reversibilidad, sin posibilidad de regreso.

Allende no había sido elegido presidente de Chile por el pueblo chileno, que le rechazó dejándole en la concreta minoría del casi treinta y siete por ciento, frente al sesenta por ciento que alcanzaron en su conjunto sus contrincantes. Pero la Democracia Cristiana de Frei —el Kerensky de Chile— y demás partitocracia desgajada del auténtico pueblo le invistieron presidente de Chile a través de las Cámaras y con los votos de la oposición.

En esta ocasión, los políticos profesionales, los partidos políticos, traicionaron la voluntad del pueblo chileno, que puso en ellos su confianza, y alentaron a la hiedra marxista que había obtenido el beneplácito y las bendiciones del cardenal Silva Henríquez.

El caso es que Allende, y su Unidad Popular, desencadenaron sobre el país un caos económico y social provocado por una extrema izquierda que le desbordó todo. Esta es la causante del suicidio de Allende, de su fracaso. Pero, entre tanto, hizo imposible la convivencia, y Allende abandonó el poder a la arbitrariedad. Este ha sido el verdadero resultado de la «vía chilena al socialismo».

Cuando en un país —en 1936 España, ahora Chile— se llega a una situación de ruptura de la convivencia nacional y de abandono de poder en las minorías revolucionarias, no queda otra solución, no se tiene a mano otra salida ni otra posibilidad que la restauración del poder por haber fracasado los límites de colaboración y las voces de sensatez.

Por eso, me congratula el que en 1936 en España, y ahora en Chile, la voz de la sensatez fuese oída por el Ejército al asumir la función histórica de rescate del poder abandonado en la calle. Aunque la enemiga de las cajas de resonancia que deforman a la opinión mundial les negasen en 1936 a España, y hoy a Chile, a las Fuerzas Armadas y del Orden el reconocimiento del servicio que hacían a la auténtica libertad, sólo posible dentro del orden que está al servicio de los valores patrióticos, espirituales y sociales, enraizados en su auténtica Tradición.

Causa perplejidad y pena leer lo que, con respecto a Chile, publica la mayor parte de la prensa española, y casi toda la prensa mundial. Esta última está en la misma línea de mediatizado negativismo en que estuvo con respecto a España desde 1931 hasta 1939, y parte de la de aquí aparece como colonizada por aquella. ¿Nombres de nuestros diarios que con pretexto de Chile le hacen concientemente o inconscientemente el caldo gordo a la revolución? ¡El lctor ya los conoce! Y esto es lo importante.

● Parece que estamos condenados a que por ciertos sectores «artísticos» y «culturales» se nos presente como unos extravagantes idiotizados por el pésimo gusto; que asistimos a todo lo que se nos echa en provecho de los que con su aparente excentricidad saben perfectamente vivir opíparamente a expensas de la idiotez ajena, y, en suma, que nuestro esquema mental ha variado.

Porque por si algo nos faltaba, aquí en Barcelona hemos tenido en la Galería Nova una exposición de tapas de retrete expuestas por Vallés Rovira. Su inauguración estuvo a cargo del académico Camilo José Cela —el autor del «Diccionario Secreto»—, y el «ingenio» de lo que allí se dijo, y los posteriores comentarios de los asistentes que se despacharon por su propia cuenta —no necesitaban a ningún académico— no merece ninguna transcripción por nuestra parte.

Lo lamentable es que semejante iniciativa tuvo su asistencia de público; de ella se hizo eco algún diario, y no ha protestado nadie con sentido común de que una Galería se salga de los límites artísticos que le corresponden.

Un hecho semejante es demasiado significativo. Nos traslada a otras épocas que los barceloneses —y el sano barcelonismo— tenían olvidadas.

● En numerosas ocasiones hemos expuesto la necesidad de que la aplicación de la vigente Ley de Prensa e Imprenta tuviese una concordancia absoluta, claramente inequívoca, tanto en la forma como en el fondo intencional, con la Ley de Principios del Movimientos Nacional y demás Leyes Fundamentales, cuya claridad no admiten —gracias a Dios— demasiadas «matizaciones». Como tampoco las admiten en lo concerniente al orden moral.

¿Es así en la práctica?

El fiscal del Tribunal Supremo, don Fernando Herrero Tejedor, atribuye a gran parte de la prensa la «ola de desvergüenza que invade España».

Los escaparates y las estanterías de numerosas librerías vendiendo obras de Carlos Marx, de Engels, de Marcuse, de escritores que estuvieron al servicio de los rojos y hoy glorifican, ejemplarizan, a «los vencidos», a «la España que fue vencida», tratando de «resucitarla» para preparar la vuelta a las andadas extendiendo —antes de pasar al ataque, si se les deja— las consabidas cortinas de humo de la «coexistencia», la «democratización de las estructuras», la «evolución», la «integración a Europa», no constituyen una sintonización con nuestras Leyes Fundamentales, sino todo lo contrario. La literatura progresista-marxista con etiqueta clerical hace también estragos.

En cambio, no se hallan en las librerías las obras completas de José Antonio Primo de Rivera, de Ramiro Ledesma Ramos, de Onésimo Redondo, de Calvo Sotelo, de Víctor Pradera, de Vázquez de Mella, de Ramiro de Maeztu y tantísimos pensadores del Ideario Nacional que hoy están a punto de ser olvidados por ser desconocida su obra política por la actual juventud.

Y como sea que el desarrollismo no va acompañado de la permanente y obligada propagación del Ideario Nacional, del espíritu del 18 de julio de 1936, inequívocamente actualizado al año 1973, de un anticomunismo vibrante y efectivo, pues con las realidades materiales hay que dar también ideas, resulta en la práctica que la Ley de Prensa e Imprenta permite lo que antes de la citada Ley era imposible —en buena lógica— publicar y difundir.

Y esto molesta e indigna. Por eso, los ataques a *ciertas librerías, ciertas editoriales, cierta literatura*, son un estallido de la sensibilidad. Por tanto, Marx, como Engels, como Marcuse, y tantos otros..., son, por su ideario y por su obra, una oposición inequívoca, un vehículo de enfrentamiento, adverso y radicalmente opues-

(Pasa a la página siguiente.)

OJEADAS

Por EL VIGIA

Estamos hartos en ¿QUE PASA? de afirmar que las democracias liberales, las democracias inorgánicas son los regímenes que más favorecen en daño de la libertad y de los derechos naturales del hombre, el asalto del comunismo salteador. Una vez más lo repetimos, las democracias inorgánicas son el vestíbulo, la plataforma de lanzamiento de las cargas explosivas que apareja el marxismo contra los hombres, las sociedades y los Estados soberanos.

Vamos a ver si podemos explicar, con alguna documentación, de qué razones nos valemos para denunciar la peligrosidad personal y nacional de los demócratas, por muy cristianos y patriotas que se adjetiven.

Lenin, supremo maestro de la acción, de la praxis marxista, define así a las democracias inorgánicas:

«La omnipotencia de la riqueza está más asegurada en una república democrática porque no se halla envuelta en una forma política odiosa.» (Todos los grandes capitalistas, todos los grandes explotadores son muy demócratas, muy liberales.) «La república democrática —sigue Lenin— es la cubierta política más adecuada para el capitalismo y, por esta razón, el capital, al disponer de ella por mediación de los Palchinski, Chenov y Tseretelli (los socialdemócratas, renegados del marxismo), asegura su poder de un modo tan firme, que ningún cambio de personas, partidos o instituciones de la república democrática burguesa es capaz de hacerlo vacilar.»

Es decir, las democracias inorgánicas, que otorgan la libertad política al máximo (sólo la libertad política) son el régimen que más conviene a la firmeza del capitalismo y a la expansión de sus libérrimas explotaciones. Dentro de estos regímenes liberales y democráticos, de libertad política, de democracia sólo política, el capitalismo dominante, al través del Estado, no padece mengua ni quebranto si, aunque se muden los Parlamentos y los Gobiernos, permanecen el Estado y la Constitución republicana democrática. Si en esas democracias, además, los marxistas renegados a que se refiere Lenin, o sea los socialdemócratas, los socialistas evolutivos, renuncian a la violencia, renuncian a destruir el Estado sustituyéndolo por *la dictadura del proletariado*, el capitalismo afirma y consolida su dominio de minoría explotadora sobre la mayoría hambreada, sobre las masas de los obreros y los campesinos...

También Engels, Marx y Lenin afirman lo siguiente:

«Lo que no ofrece ninguna duda —dice Engels— es que nuestro partido y la clase trabajadora pueden obtener la supremacía UNICAMENTE BAJO UNA FORMA POLITICA TAL COMO LA REPUBLICA DEMOCRATICA. Es más, esta última es la forma específica indicada para engendrar *la dictadura del proletariado*.»

Y dice Lenin:

«Engels repite aquí con un relieve particular la idea fundamental que hallamos en todas las obras de Marx, a saber, que la república democrática es el paso más cercano a la dictadura del proletariado, pues una república tal, al mismo tiempo QUE NO SUPRIME, NI MUCHO MENOS, LA DOMINACION DEL CAPITAL Y, POR CONSIGUIENTE, LA OPRESION DE LAS MASAS Y LA LUCHA DE CLASES, provoca inevitablemente una extensión, un desenvolvimiento y una agravación tal de dicha lucha, que, puesto que surge la posibilidad de satisfacer los intereses fundamentales de las masas oprimidas, dicha posibilidad realízase ineluctablemente en *la dictadura del proletario*, en cuanto las masas, bien dirigidas, la implanten sin más.»

Tenemos, pues, que las democracias inorgánicas son el régimen más holgado, cómodo y seguro para el capitalismo. Como quiera que la libertad en esos regímenes es sólo política e igual para el explotador a los fines en su enriquecimiento, que para el explotado a los fines de que se muera de hambre, ni que decir tiene que los obreros y campesinos, bajo un Estado que no ataja al capitalismo, que consiente que éste amase su riqueza a costa de la servidumbre y la miseria de los trabajadores; ni que decir tiene —repetimos— que los obreros y los campesinos tienen el derecho a la lucha, a la lucha de su clase contra la clase dominante; a la lucha del miserable jornalero contra el capitalista y el burgués. De ahí las huelgas, los motines, los sabotajes, los atentados, las revueltas y las revoluciones. De ahí, en suma, la penetración del comunismo soviético en los pueblos llamados libres... Ya hemos visto cómo el PASO MAS CERCANO, cómo el VESTIBULO DEL COMUNISMO PARA LA IMPLANTACION DE LA DICTADURA DEL PROLETARIADO es la democracia inorgánica.

¿Está claro? Nosotros somos antimarxistas cien por cien. Pero no acusamos al comunismo de ser el culpable de esa calamitosa situación de la humanidad. El comunismo de lo que es culpable, criminalmente culpable, es de pretender salvar y enriquecer a la humanidad mediante la destrucción del hombre, mediante el exterminio de su conciencia, de su alma, de lo que en el hombre existe de sobrenatural, existe de Dios.

No cabe duda de que si el comunismo no es el culpable de que existan a cientos de millones los hambrientos que se le suman es porque a esos cientos de millones de hambrientos los ha ido haciendo y multiplicando, sumiéndoles en la miseria y en la exasperación, otro sistema que no es el comunismo, otros poderes, otras rectorías políticas, sociales y económicas de este mundo. ¿Será el capitalismo? ¡Qué duda cabe que es el capitalismo, tiburón de la humanidad en los mares del liberalismo y de la democracia!

Que cada país, que cada pueblo haga examen de conciencia, medite y rectifique.

En España la democracia liberal inorgánica —buena jaca para los capitalistas o contrabandistas valientes— ha sido abolida. El capitalismo, codicioso e insaciable, ha sido llamado a capítulo. El obrero y el campesino, por órganos representativos constitucionales, han sido integrados en la administración y el gobierno de nuestra riqueza, de nuestra economía nacional. España es un Reino Tradicional, Católico, Social y Representativo. El Estado español es la cristalización cristiana, humana y jurídica de una Revolución Política y Social, en marcha.

Y bien, ¿qué va a pasar en Chile, donde el Ejército, como en España, ha frustrado la dictadura del marxismo *por vía democrática*?

Por lo que se oye y se lee la Junta Militar que ha salvado a Chile de caer en la esclavitud va a restablecer —presionada por la D. C.— la Constitución democrática... ¿Volverá Chile a la Democracia inorgánica? ¿A la misma que, antes que Allende, eligió Lenin como vía de exterminio de hombres, sociedades y Estados? No lo creemos. Ejército con gloria, prestigio y moral, como el de Chile, labran para su Patria la historia, nunca la antihistoria.

PERO ¿QUE MISIONEROS CATOLICOS SON ESOS?

Se refiere la acerba interrogación de nuestro titular a los llamados «Misioneros Claretianos - Lauria, 5 - Barcelona-10, que publica la hoja dominical (con licencia) titulada «La Fiesta Santificada».

Otra vez tenemos que hacer patente nuestro estupor tras la lectura del aludido organillo apostólicamente proteico en eso de las santificaciones de las fiestas y de los duelos y quebrantos.

En el número 2.717 de esa hojita dominical aparece, en la sección «Un Santo cada día», la síntesis biográfica de San Roberto Belarmino (17 de septiembre), del que dicen:

Roberto, sabio jesuita, escribió un libro célebre: «Las Controversias». *Era una impugnación de las doctrinas protestantes. El libro tuvo salida extraordinaria. En treinta años se agotaron veinte ediciones. Católicos y protestantes hablaban de él: aquéllos con admiración, éstos con espanto. San Francisco de Sales, a quien Roberto conoció y hubiera nombrado cardenal si él fuera Papa, decía*: «Cinco años prediqué en Chablais, sin más libros que la Biblia y Belarmino». *Por lo que a los protestantes se refiere, declaraba Teodoro de Beza*: «Este es el libro que nos ha herido de muerte». *La reina Isabel de Inglaterra fundó una cátedra para impugnar la doctrina del ilustre jesuita, pero fue en balde. Entonces prohibió con pena de muerte las Controversias a quienes no eran Maestros en Teología. Esta severidad no impidió que el libro se vendiera; un librero protestante de Londres solía decir*: «Este jesuita solo, me hace ganar más dinero que todos nuestros doctores juntos». *En Francia, según cuenta el padre Cotón, los no católicos llamaban a éstos indistintamente papistas o belarministas.*

Hasta aquí, el pío lector estalla de júbilo en la fiesta de San Roberto. Pero no. Esos llamados misioneros, más que santificar las fiestas desean, por lo visto, desantificarlas todas. Y terminan la síntesis biográfica del santo y sabio Roberto Belarmino con este apestoso rabo del diablo:

Sin embargo, cuando fue enviado como teólogo para mediar en la contienda entre la Liga y Enrique de Borbón y examinar el estado religioso de Francia, Belarmino, examinado todo, dio la razón al rey protestante Enrique de Navarra.

(Viene de la página anterior.)

to a la dogmática político-moral de nuestras Leyes Fundamentales. Y mientras eso se permita, habrá una legítima y patriótica disconformidad, que a veces suele expresarse indebidamente, y sea presentada como ilegal y punible.

En unas recientes declaraciones del señor Fraga Iribarne para *La Vanguardia*, dicho ex ministro y actual embajador de España en Londres ha afirmado taxativamente: «Antes de la Ley de Prensa no se apedreaban librerías. No les dábamos motivos. Esos lamentables atentados prueban paradógicamente que algo hemos avanzado. Fue emocionante vivir los primeros días de la supresión de la censura en la prensa. Usted recordará que el *A B C* la inauguró con una carta de Dionisio Ridruejo, que llevaba años de silencio. Aquello fue una sensación. Hoy ya no lo sería. Lo que quiere decir que se ha hecho uso abundante, bueno y malo,, a veces excesivo, de las nuevas libertades.» ¡Asombroso!

Una Ley de la que se puede hacer mal uso, a veces con exceso, según confesión del Ministro que la creó y aplicó, necesita de una revisión a fondo, o de una aplicación más concordante con la filosofía política del Régimen nacido de la Cruzada. Lo contrario es suicida. Y contra este suicidio tiene derecho a reaccionar cualquier español. Por eso comprendo ciertas reacciones antimarxistas y antiseparatistas.

Y que conste que cuanto en estas letras he expuesto, lo hago con el permiso de la vigente Ley de Prensa e Imprenta.

¿León XIII "lumen in caelo" o "sub modio"?

Por JAIME NONELL

Latinajo, que quiere decir: *luz en el cielo o bajo el celemín.* No. El lema aplicado al gran Papa es LUMEN IN CAELO: astro refulgente en el mundo sideral de la Iglesia.

Un acreditado y reconocido historiador eclesiástico resume así el pontificado en cuestión: «el de León XIII puede considerarse como providencial, pues devolvió a la Iglesia la paz que necesitaba (hoy también) en sus relaciones diplomáticas con las otras naciones, y resolvió las cuestiones sociales. En conjunto, puede afirmarse que León XIII elevó el prestigio moral del Pontificado a una altura nunca alcanzada.»

Rarísimo será el historiador, si no es *anti* o masón, que no esté conforme con este juicio. Subrayemos la aserción: *altura de prestigio nunca alcanzada.* Hasta entonces, se entiende. ¿Y después? Tampoco. Lo decimos porque el historiador de referencia llega en su estudio hasta bien entrado el pontificado de Pío XII, tan gigantesco en tantos aspectos. Y, por añadidura, santo, como esperamos, pues su camino hacia los altares está tan avanzado y seguro o más que el de Juan XXIII, a pesar de los muchos y poderosos que lo quisieran al revés. No encontramos expresión tan rotunda y definitiva tratándose de los sucesores de León XIII, figuras que no admiten comparación con muchísimos papas.

La actividad y éxitos de León XIII fueron extraordinarios, sin que le faltasen gravísimos problemas. Ahí está la gracia. ¡Pero vaya «mano izquierda» la suya! Léase tacto, visión, talento, perspicacia. Y energía. Dato elocuente sobre la vitalidad que promovió en la Iglesia es el de las 248 diócesis nuevas y 50 vicariatos establecidos, casi todos en países de misiones. «Extendió la Jerarquía como nadie.»

¿Y también fue ecuménico o ecumenista? Se lo preguntaran muchos, creídos que sobre la cuestión, hasta el Vaticano II, nada ni por nadie, desde que se produjeron los cismas. ¿El ecumenismo exclusiva, y genial, del último Concilio? Pues no Otros Concilios también fueron ecumenistas, y hasta alguno de ellos logró, aunque pasajeramente, la unión de los griegos. Así el ecuménico XIV (II de Lión, 1274) proclamó la unión de la Iglesia oriental, que *abjuró* el cisma, y prometió fidelidad a la fe de la Iglesia romana. Pero luego... Así el de Ferrada-Florencia (1438-1442), en el que, superada la cuestión del *Filioque* (procesión del Espíritu Santo del Padre y del Hijo), se dio decreto de unión. Pero otra vez después... ¿Es que no se supo conservar el ecumenismo, o se arrepintieron de la unión los «hermanos» separados? ¿Y se sabe hoy llevar el ecumenismo? Yo confieso que no me gusta nada cómo se lleva, y desconfío de los resultados. Cada día más confusión en los católicos, que sacan la conclusión de que todas las iglesias son *igualmente* buenas y verdaderas. Gravísimo e innegable.

Pues sí, León XIII fue ecumenista. Le preocupó enormemente *la unión de las iglesias disidentes.* Publicó varias encíclicas, entre otras la «Praeclara» y la «Satis cognitum», aparte muchas exhortaciones a anglicanos y otros grupos. Y..., ¡oh paradoja!, con el fin de *allanar dificultades...* ESTUDIO Y DECLARO DEFINITIVAMENTE *la invalidez de las ordenaciones anglicanas.* Y es que, como afirma el Vaticano II, no habrá peor ecumenismo ni nada más contrario que ceder ante la verdad. Y añadimos: o envolverla en brumas y equívocos que la difuminen y oculten para unos y otros, hasta no saber cuál es y dónde está.

Si a lo dicho añadimos las encíclicas —de profundidad y altura científica incomparable— que justamente han hecho a León XIII famoso, comprenderemos por qué se le señala como «lumen in caelo», según las profecías de San Malaquías, que lo son con todo rigor, contradiga quien contradiga; a no ser que en el siglo XII —cuando el insigne abad de Claraval y consejero de Papas, San Bernardo, escribió la vida del profeta a quien trató íntimamente— ya se conocían científicamente (?) la parapsicología... ¡Oh precognición, con ocho siglos de delantera!

Se justifica lo dicho porque ahora va a resultar que León XIII ya no es luz, o lo es escondida bajo el celemín; que dio un traspié con ecos resonantes hasta el fin de la Iglesia. Va a resultar que la Iglesia Católica reconocerá la validez de las ordenaciones en cuestión. Va a desdecir a León XIII, afirmando que sí, que hay «sucesión apostólica» en los anglicanos. Eso espera una «Comisión mixta» que acaba de estudiar el caso. ¿Y lo espera con fundamento? Dependerá de si esa Comisión tiene el visto bueno oficial vaticano, u obra por «motu proprio». En el primer caso, o se hace comedia, o se pone en cuarentena *el estudio y declaración definitiva* de León XIII. Tírese por donde se quiera. Si lo segundo, ya no se podrá decir «lumen in caelo» tan en redondo. La Comisión ya ha puesto en manos de las respectivas autoridades *Supremas* una *declaración unánime*, y asegura que si es aprobada, será de la mayor importancia... para las mutuas relaciones. La barrera que esa aprobación supondría!

Yo dudo de tal aprobación, porque no creo que León XIII se cogiese los dedos. De lo que no dudo es de que si tal Comisión ha sido oficialmente autorizada, León XIII pudo dar un paso en falso. O él, o lo dará Pablo VI.

Paso notable hacia el reconocimiento *por parte de la Iglesia católica* (Iglesia *católica* han leído ustedes) de la legitimidad de los sacerdotes y obispos anglicanos. ¿Quién lo ha dicho? Unos *observadores vaticanos.* ¿Observadores? ¿Y qué es eso? ¿Fiscales, fisgones, gacetas, truhanes, espías, chismosos, chivatos, correveidiles, cuentistas, embrollones, o algo así? Por que si Pablo VI aprueba lo contrario de León XIII; si los dos tienen sus razones fuertes para una declaración *definitiva*, ¿a quién hacemos caso? Y, en adelante, ¿qué valor tendrán declaraciones papales sobre hechos puramente históricos —en nuestro caso, interrupción o no de la sucesión apostólica— cuando puede ocurrir que *posteriores indagaciones* y búsquedas en archivos y bibliotecas invaliden declaraciones *definitivamente* hechas? Ninguno. ¿Se han hecho esta pregunta esos observadores? ¿Y quién les consiente o autoriza a fisgar y chismorrear? Porque la noticia procede del Vaticano. Así estamos.

No. Ningún Papa cometerá la imprudencia de pronunciarse sobre un hecho histórico concreto, si es controvertido —aventurando cu prestigio y creando tremendas consecuencias—, si no está *absolutamente* cierto. León XIII tuvo que estarlo. De haber tenido la menor sombra de duda, jamás se habría pronunciado en cuestión tan sumamente delicada. Pablo VI no puede tener certeza en contra. La declaración leonina es como para suscitar en Pablo VI vacilación, inquietud, prudencia y temor de un resbalón, por lo dicho arriba de que posteriores indagaciones... No aprobará la declaración de marras. Por lo mismo, pensamos que la Comisión del cuento no tiene respaldo oficial católico. Allá ella si lo tiene de los obispos anglicanos.

¡Por la Virgen Nuestra Señora!

Por A. TIZA

Aquella de la cual canta la Iglesia en preciosa antífona: «Alabada y bendecida eras, Virgen María, porque TU SOLA VENCISTE TODAS LAS HEREJIAS en el universo mundo» tenía que ser —y lo ha sido ferozmente por todos los medios, desde la blasfemia y la injuria públicas hasta el intento de hundimiento en la penumbra del olvido con el silencio estudiado diabólicamente en el que se han envuelto el recuerdo y las festividades de María—, tenía que ser digo, *y lo ha sido*, ATACADA Ella, la Virgen, en esta acometida de TODAS LAS HEREJIAS que «EN EL UNIVERSO MUNDO» se han lanzado contra la Unica y Verdadera Iglesia de Cristo que es la CATOLICA. En España se ha llegado a la injuria de negar a la Imagen de María la visita a algunas de las ciudades de nuestra Patria. No es extraño; «la SERPIENTE ANTIGUA LLAMADA DEMONIO Y SATANAS» que domina EN y DESDE una parte de la Iglesia, esa serpiente que desde el nacimiento de María siente oprimida su orgullosa cabeza por el pie de la Virgen, tenía que intentar morder el talón de María en España, con rabiosa ira, porque es nuestra Patria el trono preferido de María, donde primero recibió Ella un culto amoroso cuando aún vivía en carne mortal en este mundo, donde jamás han podido arrancar, ni herejías ni persecuciones sangrientas, el amor a la Virgen del alma de los españoles...

Hoy me propongo animar a mis amigos de ¿QUE PASA? para determinarlos a tomar posiciones junto a MARIA Y POR MARIA. Para comenzar, en unos breves artículos referiré dos hechos históricos en los que el amor y el poder de la Virgen se ponen de manifiesto en unas circunstancias que se pueden parangonar con las nuestras actuales, sino no por lo que se refiere a sus manifestaciones externas, sí por ser exponente ellas de la fe y la confianza que debemos depositar en María y, sobre todo, por el amor que ha de inducirnos a reparar las injurias y los desprecios que se le infieren y a enfrentarnos también, en la forma que nos sea posible, con sus enemigos de fuera y, sobre todo, DE DENTRO, valiente y decididamente. Pienso terminar mis artículos con unas sujerencias que prácticamente ayuden a lo que en estos pequeños trabajos me he propuesto, que es alcanzar de María que se realice la promesa de Fátima: «MI CORAZON INMACULADO TRIUNFARA», o lo que es lo mismo que «ELLA APLASTE —UNA VEZ MAS— LA CABEZA DE LA SERPIENTE» y que de nuevo «VENZA —en la actual herejía del progresantismo— TODAS LAS HEREJIAS EN EL UNIVERSO MUNDO».

Del fondo de resistencia de ¿QUE PASA?

Informamos a nuestros queridos amigos y benefactores de la situación de Caja de este fondo providencial:

	Pesetas
Saldo disponible anterior	66.290,—
Nuevas aportaciones.	
Don R. Grau, de Mataró	3.500,—
Mr. Zimmermann, de Washington	1.500,—
Saldo disponible al 30 de septiembre de 1973	70.790,—

El P. Arrupe debe ser depuesto por la próxima Congregación General

La lectura de una carta aparecida en esta revista sobre el padre Arrupe, y la actitud que frente a él han tomado muchos jóvenes jesuitas, según se deduce del escrito citado, me mueve a entrar en discusión, no por un afán polémico, sino con la intención de contribuir con mi pequeña aportación a que vuelva la Compañía a su primitivo ser.

Triste tarea la de la carta aludida, que absolutamente repruebo en su contenido marxistizante. El espíritu ignaciano que refleja el firmante es nulo. No tiene ni idea de lo que es y debe ser la Compañía de Jesús, fundada por San Ignacio. Si ese es el talante de los jóvenes que muy pronto van a constituir la Compañía de mañana, «que Dios nos coja confesados», como decía el otro. ¿Estamos los mayores equivocados? El tiempo lo dirá.

Hay algo, desgraciadamente, en lo que los que peinamos canas, estamos de acuerdo por caminos diversos esencialmente, y no por aquello de que los extremos se tocan, por fondo e historia, con los jóvenes a que hace alusión el jesuita madrileño. Es el fracaso del padre Arrupe. Un fracaso de tal volumen, que no hay otro parejo en nuestra historia.

Tras la reciente representación al Sumo Pontífice, solicitándole su intervención directa en la marcha de la Compañía, para intentar frenar su descomposición, y conocida la reacción favorable de Su Santidad, empieza a hacerse camino en todas las Provincias de la Compañía la idea de que el padre Arrupe no debe ni renunciar ni dimitir, como a la manera de globos sonda con ambientación de la prensa se ha lanzado la noticia, con una «enérgica» desautorización de la especie por parte del Secretario General de la Compañía, padre Luis Laurendeau. ¿Se quiere de esa forma aplacar la reacción del cuerpo sano aún de la Compañía? Todo es posible. No hay que pensar en una dimisión humilde y protocolaria. Los asistentes, dirigidos por el padre Dezza, y la Congregación General del próximo año, lo que deben hacer es *deponer, deponer* y *deponer* del cargo de general al padre Arrupe, y sancionarlo de esa manera por su desastroso desgobierno, que ha llevado a la Compañía a la cota más baja de su prestigio apostólico en su historia cuatro veces secular, y al borde mismo de la liquidación conmpleta. Lo que ahora pasamos en la Compañía no es una «crisis», sino que es la trituración de un legado de cuatro siglos de santidad y apostolado, por obra y gracia de un nefasto general.

Es necesario que todo el episcopado español esté enterado de esta realidad. Cuando se realizó la famosa encuesta en la Compañía en España, que costó varios millones, dirigida por el padre Sastre, y que para nada valió, ni se ha vuelto a hablar de ella, porque, como vulgarmente se dice, le salió al padre Arrupe «el tiro por la culata»: *el 89 por 100 de los jesuitas españoles respondieron que estaban disconformes por completo con la imagen de la Compañía del padre Arrupe.* De esto hace ya algunos años. ¿Qué saldría ahora? La mayoría sería total, absoluta.

Hágase la prueba con una encuesta secreta y verdadera, dirigida por un organismo técnico ajeno y especializado. El caos provocado por el padre Arrupe se manifestaría de una forma avasalladora. Sólo restaría su deposición y apartamiento como en cualquier forma de gobierno democrática, de la que el padre Arrupe se dice tan partidario. Se terminaría así su actual gobierno de tópicos, pueril, con un relevo constante de asistentes generales y regionales, equipos responsables, Consejos y Comisiones, burocracia del padre Arrupe, cuyo resultado final es cero a la hora de la verdad apostólica.

Pues bien, de conformidad con lo que la parte novena de las Constituciones nos dejó escrito San Ignacio, en su capítulo 5.º, depóngase sin más al padre Arrupe, pues ha rebasado con creces los límites de la paciencia de la Compañía, según determinó San Ignacio, y elíjase de inmediato a otro padre general que salve a la Compañía del desastre definitivo.

La sangría de los salidos bajo el poder del padre Arrupe ha sido tremenda. Son varios los miles que han salido por su culpa. Vocaciones estupendas, generosas, desilusionadas y destrozadas. Los casos Churruca, Leita, Díez Alegría, por venir de ayer a hoy, son ejemplos que se pueden multiplicar por cientos en todas las provincias y misiones. Son el fruto fatal de su desgobierno. Con reclamos de libertad y apertura, que como muy bien le dicen los jóvenes, ni a ellos engaña, nunca se había vivido en la Compañía bajo una opresión y dictadura tan global como bajo el padre Arrupe. Hasta para dirigirnos recientemente al Sumo Pontífice, en respetuoso documento, al que antes hice alusión, para explicarle el estado de cosas dentro de la Compañía y solicitar su Paternal intervención, hemos tenido que esconder firmas, y más de uno no se ha atrevida a estamparla, por temer las represalías del clan creado por el padre Arrupe. El caso Díez Alegría es bien significativo. Secretamente, de acuerdo con el padre Arrupe, ha tenido que realizar esta ficción de exclaustración, ya que presionado el padre Arrupe por Congregaciones romanas, ha tenido que complacer exteriormente al Santo Padre. Así los pasos programados por el padre Arrupe, o que le han programado, se realizan sin un retroceso.

Los gastos que está provocando son además astronómicos. El padre Hillengass, ecónomo general, ha comentado humorísticamente que la Compañía va a tener que recurrir a un nuevo Plan Marsall, pues el derroche del padre Arrupe entra ya en el terreno de las «Mil y una noches». Viajes constantes y caros. Acompañantes fijos. Asambleas de los padres provinciales, con reuniones en los cinco continentes. Provinciales indios a Méjico, y americanos a Europa o el Extremo Oriente. Viajes a Roma o reuniones por zonas entre las naciones europeas y americanas..., con un resultado espiritual nulo, y solamente el turístico y el «mentalizarse» para seguir según la corriente creada por el padre Arrupe. Mientras tanto, no se contesta la correspondencia en serio, ni se resuelven los problemas reales de las comunidades. Una inconsciencia tan mayúscula va a provocar tras el colapso espiritual que ahora vivimos, el *crac* económico más tremendo. En el Japón ya el padre Arrupe «presidió» un crac económico de mucha consideración. Pero, entre tanto, con el derroche de gastos, sabe conciliar armónicamente mientras vuela en un «Boeing 727» su «preocupación por la reforma de ciertas estructuras jurídicas y administrativas para seguir hacia una verdadera pobreza, tanto individual como comunitaria e institucional». Así acaba de escribir en un documento a toda la Compañía. Es un sarcasmo. Con lo que el padre Arrupe derrocha, cientos de tragedias del tercer mundo hubieran podido tener solución...

Pero el padre Arrupe pisa aún con más fuerza el acelerador de la autodestrucción de la Compañía. Se fotografía las veces que convenga junto al Sumo Pontífice. Juntará ante el Santo Padre sus manos, como un tierno novicio, y esa foto servirá de argumento para decir que el padre Arrupe no hace, sino seguir paso a paso las indicaciones pontificias. Pero sus manos se han incapacitado ya para seguir gobernando. Se han estrechado amistosamente con las de los comunistas y masones; con las de los Allende de Chile o Dórticos, el tirano de Cuba, mientras miles y miles de cristianos sufren la persecución y la muerte más feroz de la historia del mundo. El padre Arrupe, que habla de injusticias, de compromisos, de las absurdas teorías de la «vía media», no tiene una palabra de denuncia del odio, de la lucha de los sin-Dios, del comunismo, para que la Compañía sepa dónde está el camino que lleva a la esclavitud total de la raza humana. Es sencillamente intolerable.

Es toda la Compañía auténtica la que abomina de esta trayectoria del padre Arrupe. La Compañía de San Ignacio, Laínez, Bellarmino y Canisio, padre Rubio y padre Ledókowski, nada tiene que ver, fuera del nombre, con esta del padre Arrupe.

Sí, es urgente y preciso, antes de que sea demasiado tarde y el padre Arrupe haya podido llevar a término su tarea demoledora. Que la próxima Congregación General nombre un nuevo general que salve la Compañía. Que sea depuesto el padre Arrupe y apartado de todo cargo de gobierno desde donde pueda seguir haciendo daño a la Compañía. Admirable lección de libertad cristiana y de fidelidad al ser de la Compañía. *Quousque Domine...? Oremus sine intermisione pro Societate Jesu!*

UN PADRE JESUITA QUE AMA LA COMPAÑIA

PUNTOS SUSPENSIVOS...

Por MARIA NIEVES SANMARTI

Los oradores y los escritores acostumbran a emplear sus giros propios a la hora de hablar o de escribir.

Como aquel buen curita que, al predicar sus homilías, repetía cada tres por cuatro «naturalmente». Y... *naturalmente*, no siempre venía a cuento.

En mi afición a escribir, también tengo una debilidad. No creo pueda confeccionar un artículo sin que aparezcan, en algún momento, los «puntos suspensivos». Y es que los puntos suspensivos dicen, o al menos quisieran decir, mucho más de lo que se dice. Está clarísimo, ¿no?... ¿Ven ustedes?... Ya han aparecido, y vuelto a aparecer. Y es que son como una muestra de confianza hacia quien nos lee. Y como un respiro para quien escribe. Porque si tuviera que llenarse con palabras todo el sentido que los puntos encierran, muchas veces no sería posible.

* * *

En la vida de cada persona existen muchos puntos suspensivos. Desde que nacemos hasta que morimos, todo es un continuado «suspense».

Pero los únicos puntos supensivos verdaderamente importantes, que sin respetar las reglas gramaticales no se limitan a tres, sino que siguen hasta el infinito, son los que cierran nuestra vida terrena y van a desembocar en nuestro destino eterno.

Porque nuestra vida no es un punto final. Acaba en puntos suspensivos... ¿Qué hay al extremo de ellos? El eterno gozo, o el eterno llanto.

Muchos quisieran que su final fuera eso, un punto final, y aquí terminó todo. Pero en la gramática de Dios no son éstas las reglas. Si podemos ir salvando todos los «suspense» que nos presenta la vida, y, por fin, los últimos puntos suspensivos enfilan un camino hacia Dios, poseeremos, para siempre, la felicidad que tanto anhelamos.

Habremos «realizado» —empleando palabras modernas— nuestra vida.

Que empezó con puntos supensivos... —venimos de Dios— y acabará con puntos suspensivos... —volvemos a Dios.

Adiós...

El suicidio colectivo de Occidente y la vuelta de los Macabeos

Por JOSE-MARIA DE HEROSTI

En algo más de medio siglo, Occidente se ha ido precipitando a pasos agigantados hacia su propio suicidio.

¿Queréis conocer el proceso de esta peregrinación colectiva hacia tan fatal desenlace?

Pues bien, seguid conmigo la evolución de la trágica aventura, en la que todos somos protagonistas conscientes o inconscientes.

No vamos a divagar sobre si los prolegómenos se iniciaron con la revolución de 1789, la caída del «ancien régime», la aparición del enciclopedismo y del racionalismo y sus consecuencias, pues los artículos de prensa han de ser necesariamente cortos, sucintos y objetivos, si han de merecer el ser publicados y, sobre todo, en la época actual tan escasa de tiempo disponible, si han de pretender ser leídos.

Situémosnos en lo que —a todas luces— fue una fecha crucial: la primera guerra mundial de 1914 a 1918, y tratemos de explicar el fenómeno de forma sencilla y clara.

Con motivo de la «gran guerra», como fue denominada en su época, los hombres fueron enviados al matadero y las mujeres inducidas a cortarse el pelo «a lo garçon», a ponerse los pantalones y a entrar en las fábricas haciéndose cargo de las tareas destinadas anteriormente a los hombres.

Luego, iniciaron las campañas de «sufragistas» y reivindicaron «la igualdad de derechos».

¡Gran sandez! Hombres y mujeres han sido, son y serán, por designio divino, siempre diferentes: jamás podrá un hombre gestar un niño y ninguna mujer podrá engendrarlo; son, pues, completamente diferentes, cada uno concebido para ejercer su propia función en la vida.

La función de la mujer era, probablemente, muy superior y mucho más importante que la del hombre. La suprema tarea de la mujer consistió siempre en velar por la familia, célula base de toda sociedad civilizada, en educar a los niños para que fueran unos buenos ciudadanos y unos buenos individuos.

Mientras la mujer permaneció más apegada a su casa cumpliendo con sus deberes familiares, manteniendo la disciplina del hogar, cuidando de que las nuevas generaciones tuvieran la educación y la disciplina indispensables, el índice de divorcios, suicidios, crímenes, huelgas, motines, secuestros, disturbios cívicos, fue mucho menor.

Pero las mujeres optaron por abandonar el hogar e ingresar en las fábricas, en las oficinas, en los negocios, en las profesiones liberales, en los servicios como conductores de autobuses o agentes de tráfico y, entonces, ¿qué ha sucedido?

Los chicos se han ido malcriando casi solos, a su vez han dado prioridad a la calle y a las aceras frente a un hogar vacío y carente de la cálida presencia materna, es decir, fueron abandonados a su propia suerte, fueron emancipándose antes de tiempo de la patria potestad.

Muchos de ellos formaron «pandillas» regidas por los más duros y viciosos de la comunidad. Perdieron todo respeto a la ley y al orden.

Y en una sociedad de consumo, cual es la actual, presa de los mercaderes que ante la avidez de las ganancias sacrifican y posponen todo al mero interés material, es fácil pasar por un primer estadio contestatario para internarse luego, ya decididamente, en el nihilismo, la anarquía moral o el pacifismo «hippy», pues a todos esos caminos lleva el pecado capital de nuestro siglo: la negación de cualquier autoridad.

Los padres ya no tienen autoridad real sobre sus hijos. Los chicos permanecen fuera a cualquier hora del día o de la noche y nadie se responsabiliza por ellos.

Los maestros y los profesores, en colegios y universidades, encuentran cada día mayores dificultades para poder hacerse respetar por los alumnos, cada vez más díscolos y rebeldes

Mientras los padres trabajan para ganar más dinero con el que satisfacer las utópicas necesidades inventadas por la industria en las sociedades consumistas, se descuida la raza y las nuevas generaciones.

Por su lado, el medio ambiente colabora a la destrucción moral de la juventud con toda suerte de espectáculos, en los que la pornografía es apenas velada, con usos y costumbres nuevos deplorables.

Es el siglo del materialismo descarnado, en el que incluso determinadas religiones dejan a un lado la moral y los dogmas para internarse en los problemas de orden temporal, olvidándose del destino superior y eterno del hombre.

La única cosa que aún puede salvar al mundo es la vuelta a la cordura, el retorno a la comprensión en el sentido de que el hombre debe ganar el sustento y la mujer debe ser madre, en la más amplia acepción de la palabra, permaneciendo en el hogar y desempeñando la tarea más noble de todas: inculcar disciplina y valores espirituales a sus hijos, que más tarde serán adultos y, a su vez, traspasarán sus conocimiento y su educación a sus herederos.

Necesitamos disciplina espiritual y la religión es una cosa útil para inculcar disciplina espiritual siempre que los conductores religiosos no estén a las greñas y luchando entre sí, pues tal postura no lleva sino a la pérdida de la fe y al agnosticismo.

Ustedes dirán: ¿Y qué podemos nosotros hacer, aunque comprendamos la magnitud del desastre que se avecina, solos, inermes, frente a una sociedad materialista, ocrrupta y amoral, indisciplinada y contestataria, de la que obligadamente formamos parte y en la que forzosamente estamos inmersos?

La respuesta es clara. Hay que formar «reductos» familiares. Fortines, baluartes, «bunkers», «blocaos» —como ustedes prefieran denominarlos—, donde se mantenga el culto a la verdadera religión, donde la convivencia entre padres e hijos sea efectiva, donde se transmitan por generaciones la veneración y la exaltación a los valores espirituales, donde se elogien y se mantengan a ultranza los conceptos del honor, de la dignidad y la disciplina jerarquizada.

En versión moderna, es preciso, resulta vital, retornar a la época de los Macabeos.

Como ellos, como Matatías y Judas y sus heroicos seguidores, hay que mantener en el hogar y entre las amistades la fe ilesa en los mayores, la santidad del templo, la pureza de las costumbres, y permaneciendo firmes en la observancia de la Ley de Dios, clamar llenos de fe y de esperanza: «¡Mi Camoca Baelim Yehova!»

Mañana será tarde

Por J. RODRIGUEZ PEREZ (Párroco de Meirás - Ferrol)

1. *Azote de la humanidad.*—El comunismo promete divinizar al hombre: éste debe dejarse subordinar *totalmente* mediante una emancipación total: liberación de obediencia, autoridad, desigualdades sociales, poderes, tradiciones, propiedad, nobleza, mandamientos, ideas-preocupantes de otra vida, religión y, por supuesto, también de Dios.

2. *Divinización del hombre.*—Tal sistema, de extraordinario poder, cerebro del comunismo, obra incluso en nombre de la humanidad, y como haciendo el más necesario y mejor servicio: lucha por lo que el comunismo considera su objetivo, meta última y suprema de la humanidad, divinización del hombre. Esta obsesión del comunismo no le permite dar marcha atrás.

3. *Empresa universal de conquista.*—Con inteligente organización, el comunismo emprendió la conquista universal y a escala mundial: quien esto desconozca o ignore se expone a caer irremediablemente en las garras de esta fiera-azote de la humanidad.

4. *Sin escrúpulos de ningún género.*—En el modo de conseguir la emancipación total es criminal: se calumnia, se quema, se asesina, se hace desaparecer... Busca exterminar todo «poder» e incluso hacer desaparecer todo vestigio de un «poder» ya desaparecido.

6. *Hay algo más profundo.*—Se va incluso a la «autosubyugación», verdadero derrumbamiento sicológico, quedando el hombre dominado por servidumbre y esclavitud más que el vicioso por las pasiones, que todavía puede ver el bien, aunque siga el mal. Tal «autosubyugación» es el móvil informante también de los altos dirigentes, luchadores con su increíble, universal e inteligente *potencial bélico* por la *soberanía suprema de la humanidad* mediante la esclavitud total del hombre.

7. *Progresar es dar un paso más.*—Para el comunismo «progreso» no es mejoramiento, sino un paso más en este extenderse por la emancipación total del hombre y de los pueblos por el mundo entero, esclavizando, subyugando y a través de todos los estamentos humanos, acción emancipadora muy bien teledirigida desde la cumbre-cerebro comunista.

8. *Todo le sirve.*—Sabido, lo torcido: el ateísmo y materialismo de antaño, el modernismo de ayer; el progresismo de hoy: todo alaba y de todo se sirve: son buenos colaboradores.

9. *Merece el comunismo la máxima distinción.*—Aunque el comunismo no estuviera convencido de la meta que persigue, habría que concederle la máxima distinción por su inteligente proceder, pues ningún camino hay ni puede haber más eficaz para destruir al hombre que ponerlo en el lugar de Dios.

JUSTICIA Y COMPRENSION

Por ANDRES SALGADO Y RUIZ TAPIADOR

Se impone, en estos momentos, la necesidad de una reivindicación de la humanidad de los órganos jurisdiccionales, tanto en el sentido de que son hombres los que los administran y pueden equivocarse o ser injustos dolorosamente, como en el de que el papel de juez y el de sus colaboradores no es sólo cerebral, sino también cordial. La Justicia no destruye la comprensión, porque la Justicia es un acto de Caridad y las virtudes no se excluyen unas a otras, sino que se complementan.

Es opinión muy generalizada la de considerar al Ministerio Fiscal como encargado de hacer todo lo posible para que se condene al presunto delincuente y al Abogado Defensor como instituido para librar al reo de las garras de la Justicia. ¡La Justicia no tiene garras! El Fiscal no es acusador, sino defensor del bien común que las leyes tutelan. La Defensa no trata de que los delincuentes queden libres, sino de ayudar a los tribunales a conocer la realidad del delito y la culpabilidad del presunto reo o su inocencia. La Defensa es el contrapeso, a fin de que la Justicia no sea parcial. Uno y otro, Fiscal y Abogado, pueden ser llamados, en verdad, defensores; el uno, de la sociedad; el otro, del presunto reo.

Si el Ministerio Fiscal tuviese como fin hacer todo lo posible para que se imponga una pena al presunto reo, sería injusto «a priori», llevaría institucionalmente en sí un injusto, porque prejuzgaría. Pero el Fiscal ni prejuzga ni juzga, sino que colabora con el juez. La Defensa tampoco trata de que el delito quede impune, porque también prejuzgaría y todo ello sería afirmar que la organización jurisdiccional lleva dentro de sí la injusticia del prejuicio. Ni el Fiscal, ni la Defensa, ni los Tribunales prejuzgan y sólo los Tribunales juzgan.

Que nadie me venga diciendo que soy un idealista y que no conozco a los hombres. Sé que hay fiscales y abogados e incluso jueces que no son como yo los he descrito. Con ello no se prueba nada en contra de lo que he dicho, sólo se comprueba que el hombre es falible y puede, con su libertad, obrar el bien o, abusando de ella, hacer el mal. Mas, del hecho de la inmoralidad de algunos de los hombres que las rigen, no se deduce que las instituciones jurídicas sean perversas.

Las malas lenguas siempre tienen alguna torpe observación que hacer y su ignorancia —en el supuesto que la haya— es culpable. En Derecho, y particularmente en el penal, se plantean problemas que no tienen solución matemática, sino humana, y de esto no parece darse cuenta mucha gente.

La irresponsabilidad consciente de algunas personas es uno de los hechos que —en estos momentos— más hieren nuestra sensibilidad. Las hay groseramente intencionadas, que hablan, injustamente, de todo el que se pone por delante. Cuando hablan de un delincuente, no miden las palabras y se van a los extremos: o le consideran como un gran tipo humano —obsérvense las reacciones de ciertas personas ante delitos señalados—, o le desprecian como a un nauseabundo despojo. Hay que ser, sin embargo, comprensivo con el delincuente, si queremos que la Justicia no sea sólo patrimonio del órgano jurisdiccional y cumpla una función educativa para la conciencia de los pueblos.

Gran parte de los delincuentes son enfermos morales. Todos se dan cuenta de la propensión que tienen los de constitución débil a contraer cualquier enfermedad. Pero no todos han pensado que hay también débiles en el orden del espíritu. Hay quienes carecen de formación moral y religiosa. A éstos les faltan las reservas contra la enfermedad moral. No debe extrañarnos que la conducta de una persona que vive en permanente transgresión de las leyes divinas pase, en su amoralidad a inmoralidad, del fuero interno de la conciencia al externo de la falta o el delito. Quien no tiene dominio de sí mismo en lo moral, ¿lo tendrá en lo social? ¿Tiene acaso más fuerza reductora el pecado que el delito? No olvidemos que el delito es un pecado contra Dios y contra la sociedad humana. El pecado atenta contra el orden interno e inconmovible de la Moral. El delito rompe el orden moral y el orden jurídico-positivo. Se comprende que un hombre que se deja arrastrar por sus pasiones para transgredir la Moral, se deje arrastrar también para violar la ley positva. El que carece de represión religiosa interior lo mismo puede caer en la lujuria que en el homicidio. Si el hombre no puede de consigo mismo, ¿podrá alguien dominar su albedrío?... Para convivir en paz es necesaria la represión religiosa interior.

El delincuente es siempre un enfermo. Si se trata de una amencia se le recluye en un manicomio; si de una enfermedad moral (culpabilidad), se le aplica una pena no como venganza, sino para que expíe su delito. La pena justa es un acto de Caridad que el órgano jurisdiccional impone al reo para expiación, pero la tiene que imponer para salvaguardar el orden social que debe tender a ser el reflejo práctico del orden moral objetivo.

A ningún católico extraña que el ministro de Cristo imponga —en el sacramento de la confesión— una pena (penitencial) y nadie piensa que se le impone para su mal. El órgano jurisdiccional también impone al reo una pena, y nadie debe pensar que la impone para mal, sino para bien. En el orden sobrenatural, el Cielo se consigue con la inocencia o con la penitencia guiada por la Fe, mantenida por la Esperanza e informada por la Caridad. También la justicia humana, muy certeramente, ha tomado esos dos medios para beneficio del hombre: defiende la inocencia para que se salve, e impone al delincuente una pena para salvarle.

Es de todo punto necesario que todos conozcan la esencia de la Justicia y que comprendan mejor a los juristas entendiendo que es una profesión de amor y de paz, de torturas íntimas y renuncias por el bien de los demás. Y todo esto, a pesar de que algunos o muchos juristas —el número no importa— hayan actuado o actúen contra la Justicia.

MULTA FRUSTRADA, ASALTO CALLEJERO... Y CONCORDATO

Por SILVERIO ESPADA

Me aseguraron que era cierto, que pasó así... Era por los años cincuenta, recién firmado el Concordato con la Santa Sede. Cierto cura iba montado en su «vespa» por una calle céntrica de la capital de España, y el hombre no vió el disco en rojo de un semáforo, pasándolo sin detenerse. El guarda de servicio le pita, le hace parar y le interpela:

—Padre, ¿es que usted no ha leído el Código de la Circulación?

El clérigo titubea unos segundos, pero no se amilana. Muy serio, le dice al guardia:

—¿Y usted no ha leído el Concordato con la Santa Sede?

El pobre agente se turba lo suyo; primero, se enrojece; después, se pone pálido, y acaba por tartamudear.

—Yo..., padre..., yo... Bueno, no..., no lo he leído todavía...

—Pues, léaselo, léaselo...

Y sin más, el clérigo pone de nuevo en marcha la moto, y se aleja del guardia a todo gas, quedando la multa inédita. Al fin y al cabo, una salida... «de emergencia» del ordenado «in sacris», que no debía ser tonto ni mucho menos.

● He recordado la anécdota precedente porque hace pocos días mi hijo iba paseando con su prometida por un lugar céntrico, cuando les detuvo una propagandista protestante de cierta y determinada secta.

—Por favor: ¿Ustedes querrían aceptar este folleto, y si lo leen y les gusta, asistir al local X, donde lo pasarán muy bien y divertidos y tendrán ocasión también de adquirir cultura?

Mi chico, que sabe de sobras lo que se tercia, examina el folleto, y captó enseguida de lo que se trataba: un pequeño tratado de atracción sectaria, con su correspondiente «garra» propagandística. Así, rechazó de plano la oferta, dijo a la activista protestante unas cuantas palabras correctas, pero duras; le dijo que él y su novia eran católicos, y que... se fuera con viento fresco. La activista acusó el golpe, alejándose de inmediato sin rechistar.

¿Hay derecho a este asalto callejero, a esta propaganda sectaria abierta y libre? ¿Hay derecho a turbar la conciencia de los católicos con esa forma de actuar? Menos mal que en esta ocasión falló el golpe, porque si mi hijo y su prometida hubieran carecido de formación, ¿quién podría asegurar que no hubieran mordido el anzuelo, acabando por ir a aquel «lugar de diversión» (?) y de «cultura» (?), con el consiguiente peligro para su salvación, etc.?

● ¡El Concordato! ¡El Concordato con la Santa Sede, próximo a renovarse, según extendida opinión...!

Ante el asalto de los propagandistas de la Herejía, del Cisma y de sus afines, mi hijo y su prometida no pudieron agarrarse a él días pasados, en su caso con pleno derecho, no como lo hiciera como «recurso heroico» el cura de la «vespa» que se había saltado el disco en rojo. Y hago resaltar esta circunstancia porque el Concordato de 1953, todavía vigente, expresa en el punto 1.° de su Protocolo adicional, que «se seguirá lo establecido en el artículo 6.° del Fuero de los Españoles, cuyo texto, por aquel entonces, era éste: «La protección y práctica de la Religión Católica, que es la del Estado español, gozará de la protección oficial. Nadie será molestado por sus creencias religiosas ni el ejercicio privado de su culto. No se permitirán otras ceremonias ni manifestaciones externas que las de la Religión Católica.» Reformado dicho artículo en enero de 1967, y sustituído el texto: «... nadie será molestado, etc.», por este otro: «El Estado asumirá la protección de la libertad religiosa, que será garantizada por una eficaz tutela jurídica, que a la vez salvaguarde la moral y el orden público», mi hijo y su prometida, insisto en ello, no tenían posibilidad de invocar dicho documento para defender su derecho a no ser asaltados en plena vía pública por el propagandista de cualquier secta. ¡Ah! Pero si en el futuro Concordato llegara a hacerse constar, tajante y específicamente que el Estado español se compromete, para bien de sus súbditos, a mantener por encima de todo la unidad católica de nuestra Patria, pasando las sectas, como anteriormente, a un régimen de tolerancia —como mal menor—, pero no a tener libertad de acción y de propaganda, como hasta ahora hacen abusivamente sus adictos, si eso ocurriera, digo, ganaría la Religión Católica, ganaría el Estado, ganaría al paz religiosa y el bienestar espiritual y aun material de nuestro pueblo, aparte de otros muchos e incontables beneficios.

Pensemos en esto. Y convencidos de ese gran bien que a los españoles nos vendría, roguemos a Dios insistentemente a través de su Madre Santísima, para que ilumine el entendimiento y la voluntad de los que habrán de negociar en su día el futuro y deseable Concordato.

¿Será la última idea GENIAL progresista?

Conseguir la unidad de la Iglesia, dividiendo entre sí, a sus miembros, hasta formar, cada uno, una Iglesia distinta

Por PETRUS, SACERDOS CHRISTI

Era fórmula romana, avalada por la experiencia, que para vencer a un enemigo monolítico hay que empezar por introducir la división entre sus individuos. No parecía consejo a propósito, tratándose de vencer *a los amigos*, si es que quedan amigos de los progresistas, *fuera de su grupo*, cada día más encumbrado. Pero lo cierto es que lo están aplicando, desde el inicio de sus actividades, encaminadas, según propia confesión, a conseguir la unidad de la Iglesia con todos los «hermanos separados», que se separaron por su propia voluntad y para vivir más cómodamente y con el menor sacrificio posible, del único rebaño que instituyó Jesucristo, regido por los pastores a quienes personalmente escogió y a los que dio los poderes que, sin interrupción, han transmitido a sus sucesores. Pero hemos de preguntar: Unidad, ¿en qué? Porque discrepan de nosotros en todo. En la aceptación de verdades reveladas en el culto, en la moral. Lo cual nos llevaría, caso de conseguirse, a una mezcolanza de seres humanos la más heterogénea que pueda imaginarse. Y no parece posible que pueda nadie sostener que, como suma de sumandos completamente heterogéneos, aumentase el número de *cristianos católicos*.

Claro que se adivina la SOLUCION de tan arduo *problema* de una manera muy sencilla y que se ESTA PRACTICANDO. *Pasarnos todos* al protestantismo y queda el problema resuelto. Pero tampoco esto es tan sencillo. Porque los mismos protestantes discrepan profundamente *entre sí*. De manera que habría que aclarar primero a qué grupo de «separados protestantes» nos adherimos. Con lo que se conseguiría tan sólo aumentar al número de un grupo *sin conseguir unidad alguna*.

Con todo, queda aún un último recurso: que cada uno de los individuos de cada grupo *crea, piense y haga lo que quiera*. Con lo cual se llegaría a conseguir una *especie rara de unidad* en la discrepancia de cada fiel, que *no es fiel en nada* o que es lo mismo una suma de sumandos, *restados cada uno* de todos los demás. Desde luego, algo muy complicado. No sé si con los nuevos *descubrimientos* que hacen cada día los actuales «sabios», que han llegado a serlo sin estudiar, encontrarán una «reinterpretación» apropiada a sus fines, a aquellas palabras tan conocidas del Divino Maestro: «El que *creyere* y fuere bautizado, se salvará.» A lo mejor o a lo peor hay que entenderlo en el sentido de que «el que creyere, *lo que le dé la gana*, se salvará». No sería la primera reinterpretación asombrosa que «se ha descubierto».

Pero no aplican este procedimiento con respecto al enemigo al que deberían combatir no para perjudicarle, sino para atraerle a la única Verdad. Su objetivo *preferente* es dividir lo más posible, con afanes de llegar a la separación *individual* de los fieles católicos. Es labor que se inició con la pretendida «reforma», que es tan falsa como la de Lutero, con la agravante de que se ha extendido más que aquélla y se ha convertido en *terrible cáncer* que está corroyendo las entrañas de la misma Iglesia. No se puede negar, con todo, que llevan a cabo tal obra de división para conseguir la *UNIDAD EN EL ERROR*, aunque lo del error se lo callen. ¡Ah, si la Iglesia no fuese divina! Pero no prevalecerán.

Algunos creerán que es un exageración lo que decimos. No hay tal. Recuerden todos, y hace tan escaso tiempo que nadie lo ha tenido para olvidarlo, que cuando ellos empezaron su obra de destrucción, que aún no han *suspendido* siquiera, *todo fiel cristiano* comulgaba de «rodillas». No pueden negar, ni siquiera los adversarios, que no *existiese verdadera unidad* sin que *ni un sólo fiel* discrepase, y más aún en España. Pues bien; en nombre de la legítima *libertad pluralista* que habían de tener los *fieles*, aunque *nadie lo había pedido*, se dijo que «libremente» podía cada uno comulgar de pie o de rodillas. Con lo cual *establecieron la división*, entre nosotros, en «erguidos» y «arrodillados». Cierto es que duró poco la «libertad», porque se retiraron primero los reclinatorios y se *exigió* luego que «libremente» se pusieran de pie *para conseguir una uniformidad* que ellos mismos habían destruido *cuando existía*. Claro que antes habían introducido la *división en tradicionalistas y progresistas* con otro pretexto: la *uniformidad* en las nuevas *teorías* que, *contra las verdades dogmáticas y morales*, que habrían *imponer libremente* a todos, como si los que tenían la conciencia formada *en el estudio y la piedad* fuesen fáciles de convencer, como los jóvenes *que han caído en sus manos* y que se han nutrido del veneno de las «*opiniones teológicas*» y los libros de los «separados», porque dejaron la banda caprichosamente, las luminosas enseñanzas de la palabra revelada de los Concilios, de los Papas y de todos los padres y doctores de la Santa Iglesia en el decurso de los siglos y cambiaron por fábulas.

Nada digamos de la división introducida *en el seno de las comunidades religiosas*, siempre con el pretexto de la unidad. Como en el asunto de la actitud del cuerpo, al comulgar, no podrá nadie, porque las «reformas» son muy recientes, que había «unidad» en la manera de vestir de sacerdotes, religiosos y religiosas. No discrepaban en absoluto. Pero hubo que buscar la «unidad» modificando el hábito, una manera disimulada de decir «COLGAR LOS HABITOS». Se establecía la *libertad* de cambiar o no la manera de vestir. Se *recurrió a la mentira* de asegurar, *sobre todo a religiosas*, que *lo había mandado el Concilio o el Papa o el señor obispo del lugar*. Y como nadie se atrevió a exigir que se mostrase el decreto, al principio, sobre todo con dolor, se sometieron muchos y muchas al cambio. A renglón seguido de la desaparición del hábito siguen las constantes *salidas «apostólicas»*, la desaparición de las medias, la aparición de los pantalones, los baños en la playa y otras «libertades» contra las cuales el hábito era un impedimento eficaz. Y luego, ¿para qué exposiciones con el Santísimo Sacramento? ¿Qué se ha hecho de la confesión frecuente? ¿Dónde se ha dejado la devoción filial a la Santísima Virgen, nuestra Madre?... Seguro, y podemos atestiguarlo todos los que hemos seguido de cerca este doloroso proceso, que las religiosas que suprimieron el hábito, al advertirlas de los peligros que esto entrañaba, recibíamos la misma respuesta: «No; nosotras seguiremos siempre igual.» No se daban cuenta de que se habían colocado en una pendiente muy resbaladiza y que resultaba inevitable en esta situación deslizarse constantemente hacia el fondo. Y si se tienen los ojos abiertos, no es difícil comprobar «los frutos por los cuales les conoceréis».

Un detalle que importa hacer resaltar es el fariseísmo con que se procede. A este respecto me parece oportuno mencionar lo que ocurrió en cierto convento de religiosas al principio del gran cataclismo eclesial, que acabará en terremoto hasta la HORA DE DIOS, en que el Señor diga *la última palabra*. En el convento de referencia, algunas religiosas llevaban un pequeñísimo saliente en la parte central delantera de la toca. Se las apremió la supresión de tal detalle, que casi no se notaba, con la teoría de que, entre las religiosas de una misma comunidad, NO PODRIA HABER NINGUNA DIFERENCIA... Aquello, *tan insignificante, era insostenible*. Pues bien; ahora han decidido *quitarse el hábito*, en consonancia con el mundo que nos rodea, tan lleno de virtudes cristianas y de perfección religiosa. Se ha dejado a cada religiosa *en libertad* para conservar el hábito o para adoptar el disfraz. Lo cual no significa que no se *ejerzan presiones muy duras* sobre las que, usando de la libertad, resistan. Con todo ello se ha conseguido que además de la división de los primeros días de la llamada «primavera de la Iglesia», en religiosos y religiosas, *jóvenes y viejos*, ahora ha surgido otra: la de *los que llevan hábito y los que no lo usan ya*. Y como algunos religiosos o religiosas, seguramente para congraciarse con los jóvenes que en nuestros tiempos son los que *siempre tienen razón* y *han acumulado más experiencia*, se han *aseglerado con la juventud*, se ha formado una *triste división*.

Si se continuase enseñando la lógica y se diese algún valor, como regla correcta del pensar humano, no tendría explicación el hecho de que la parte juvenil de los conventos, que entró en las congregaciones con *pleno conocimiento* de las REGLAS y CONSTITUCIONES del HABITO y de la *forma de vida y de piedad* que habían de seguir y que lo ACEPTARON TODO, *suelen imponerse* a todos los demás miembros y que sean en *todo atendidos*, como si fueran ellos o ellas los que tienen experiencia y como si hubieran acumulado méritos sin hacer ninguno, y en cambio no tuviera ningún valor una vida consagrada a Dios fielmente durante largos años. ¡Cosas veredes!...

"NINGUNA APARICION ES NECESARIA"

Por TEOFILO

Parte del clero suizo,
CON ALTAVOZ ESPAÑOL,
nos quiere tapar EL SOL
más hermoso que DIOS hizo.
Y con gran hipocresía,
QUE A NINGUN FIEL SANTO
[ENGAÑA,
quiere, a LA VIRGEN MARIA,
humillarla aquí, ¡EN ESPAÑA!
Que «NINGUNA APARICION
ES NECESARIA», repiten
los que, del PAPA, no admiten
ni una leve ADMONICION.
Dentro de LA RELIGION,
en SUIZA y en ESPAÑA,
son la insidiosa cizaña
que intenta cambiarlo todo.
sin darle importancia al modo,
si lo consigue con maña.

Que «NINGUNA APARICION
ES NECESARIA», y que es cierto
que «AUNQUE RESUCITE UN
[MUERTO,
NADIE SE CONVERTIRA»,
DIOS lo dijo y ¡DICHO ESTA!
Mas si DIOS LA REGLA da,
también da, COMO EXCEPCIO-
[NES,
SUS VARIAS APARICIONES
DESPUES DE RESUCITAR.
Nadie las podrá negar,
NI LOS OBISPOS NI EL PAPA;
y, en cuanto a «NECESIDAD»,
DIOS tiene la LIBERTAD
de «UN SAYO HACER DE SU
[CAPA».

Las medias tintas

Por FRANCISCO JOSE FERNANDEZ DE LA CIGOÑA

La última declaración de la Congregación para la Doctrina de la Fe ha salido al paso de doctrinas disolventes sobre la Iglesia que hoy circulan libremente entre sedicentes católicos. Hans Küng fue el más directamente señalado, a propósito de sus tesis sobre la infalibilidad; pero, desgraciadamente, no es el único sostenedor de los errores que en la declaración se denuncian. Desde estas mismas páginas R. del Prado Navinas demostró meridianamente cómo las afirmaciones del jesuita Díez Alegría, en su libro «Yo creo en la esperanza», contradicen totalmente lo afirmado por Roma.

Sin embargo, aún reconociendo el valor de la declaración, es de temer que para nada sirva. Ocurre lo mismo que con el magisterio ordinario de Pablo VI, que casi diariamente recuerda la doctrina católica sobre los más variados puntos, mientras que las opiniones más opuestas a las manifestaciones del Papa siguen siendo lugar común en libros, artículos y conferencias.

El pontificado de Pablo VI, que entra ya en su segunda década, ha sido pródigo en declaraciones, más o menos solemnes, sobre puntos fundamentales del dogma católico. La historia no podrá reprochar a este Pontífice el haber callado ante la proliferación de errores y herejías que, tal vez como nunca hasta hoy en la vida de la Iglesia, se manifiestan por doquier. Es obligado, pues, hacerse una pregunta: ¿Basta con hablar?

Los resultados indican claramente que no. Ya puede seguir Roma proponiendo recta doctrina, que de no hacer algo más la situación irá empeorando hasta alcanzar niveles de degradación, hace algunos años inconcebibles.

El saldo del posconcilio es aterrador. Ingenuos unos y demasiado listos otros hablaron en su día del nuevo Pentecostés y de una vigorosa renovación de la vida cristiana. Pero cuál dijo Jorge Manrique:

¿Qué se hizo el rey don Juan?,
los infantes de Aragón
¿qué se hicieron?

Las Ordenes religiosas se encuentran en liquidación y algún padre general, incapaz de arreglar su propia casa, pretende arreglar el mundo con soluciones en las que no se sabe qué produce más admiración, si la utopía o la necedad de las mismas. Los sacramentos son abandonados por las masas de los hasta hace poco tiempo fieles. El dogma produce risa a los pseudoteólogos que hoy ocupan cátedras y ambones y deja indiferente al pueblo que debía hundir en él las raíces que llevarían a su vida la savia de la fe. La moral se ha desmoronado en todo el Occidente cristiano y las perspectivas de degradación futura producen verdadero pavor. El sacerdote ha perdido el prestigio que le daba el ser el hombre de Dios y muchos de ellos corren al matrimonio o a la agitación social. Fácilmente se comprende que llegados a este punto las solas palabras sirven de muy poco. Y además los hechos demuestran que así es.

Hasta hace poco algunos hablaban de crisis de crecimiento. Hoy ya nadie se atreve, so pena de caer en el más absoluto ridículo, a utilizar esos términos que fueron el «leit motiv» del inmediato posconcilio. La crisis es de fe y amenaza con acabar con la Iglesia. Al menos en su apariencia externa de grupo numeroso de fieles. El «*non prevalebunt*» tan sólo garantiza que a la consumación de los siglos existirá la Iglesia por lo menos en algunos miembros de la misma. Nada más. La floreciente cristiandad africana de los primeros siglos ha desaparecido de la orilla meridional del mar Mediterráneo. Y a este paso podría ocurrir algo semejante en la otra orilla.

No bastan las palabras. La voz que clama en el desierto de Pablo VI no sólo no arregla nada, sino que se desprestigia al no conseguir resultado alguno o más bien lo contrario a sus deseos. Piénsese en un ejército en el que cada escalón desobedeciese por sistema a sus superiores. La desaparición del mismo en la anarquía sería inmediata. Pues algo similar amenaza a la Iglesia de Dios. Los remedios aplicados hasta ahora han sido inútiles o contraproducentes. Porque las medias tintas nunca fueron solución.

La "Pisciceptoral"

Por GAUDENCIO

El Señor no sólo se sirvió de *las parábolas* para aclarar lo que decía, sino también lo que hacía o quería que hiciéramos. Así se valió de dos oficios para significar la misión que confiaba a sus apóstoles: el de *pastor* y el de *pescador*. Para probarlo, basta recordar aquellas palabras suyas: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas; os haré pescadores de hombres.*

Así, pues, los oficios de *pastor* y de *pescador* los podemos considerar como parábolas vivas de lo que quería el Señor que hiciéramos con los hombres a semejanza de lo que el pastor hace con las ovejas y el pescador con los peces.

En cuanto al primero, *pastor*, no se ha descuidado la literatura eclesiástica. Palabras e instituciones han brotado a borbotones sobre la idea del Señor. Los obispos se ufanan y saltan de júbilo de ser llamados *pastores*. *La Pastoral* es la ciencia eclesiástica que está hoy en el candelero. Yo diría que nos estamos pasando de rosca. Pues cuando una ciencia auxiliar quiere pasar a primer plano, atropella a otras de más importancia, con grave perjuicio del orden que debe reinar entre ellas. A esto se llama subversión de valores. Si la *Pastoral* no está al servicio de la *Teología*, se pone ésta al servicio de la Pastoral. De aquí que está naciendo y desarrollándose a pasos de gigante el *Pastoralismo*, que es un vicio y no una virtud.

No ha ocurrido así en cuanto al segundo oficio. A ningún prelado le sentaría bien que lo llamaran *pescador*. Si acaso, el Papa por seguir la tradición de Pedro, *el Pescador*. Al revés de lo que dijo el Señor, que llamó pescadores a todos y pastor a Pedro. Así y todo, el Sucesor de Pedro apenas si se acuerda del oficio, y sólo en algún documento, en plan solemne y poco relacionado con la pesca, suele firmarlo *subannulo piscatoris*. Los símbolos primitivos son abundantes: *el pez, el áncora, la barca, las redes...*, y pueden competir con las figuras pastoriles. Con el tiempo se fueron arrinconando los arreos de la pesca y han prevalecido los del pastoreo.

Con decir que no he encontrado la palabra paralela a *Pastoral*. La he tenido que inventar. *Piscis* = pez, *cepi* = coger y, finalmente, la terminación. La Pisciceptoral es el arte de bien capturar los peces, igualmente que la *Pastoral* es el arte de bien apacentar el rebaño. ¿Por qué esta penuria de términos, que tiene que andárselos fabricando un simple aficionado? No me lo explico.

Y la cuestión es que Jesús acentuó, si cabe más, la «*Pisciceptoral*» que la *Pastoral*. Pues se valió del oficio de los apóstoles, que eran no pastores, sino pescadores, para remacharles que su oficio seguiría siendo el mismo, sólo que valiéndose de la palabra y su ejemplo en vez de la red, y cogiendo no peces, sino hombres. Y lo recalcó con su poder divino haciendo el milagro de la pesca milagrosa. No hizo otro tanto con relación al pastoreo.

Podríamos añadir por nuestra cuenta que, de no haber *pisciceptoral*, no habría Pastoral; pues teniendo como objeto la primera la captura o reclutamiento, y la segunda el cuidado y apacentamiento, difícilmente se puede cuidar lo que aún no se ha cogido.

La razón, a mi juicio, del raquitismo de la *Pisciceptoral* y el excesivo auge de la Pastoral es que la Pastoral es más tranquila, supone menor esfuerzo, no hay que mojarse el lomo y está más asegurado el éxito. Las ovejas se encargan de parir ya la prole casi hecha cristiana. Las crías son presentadas al sacerdote para que derrame sobre ellas el agua bautismal en brazos de otras corderas, que se cuidarán de que aquella agua no caiga en el vacío. La *Pisciceptoral*, en cambio, lleva más sinsabores, y a veces se está toda la noche laborando y se vuelve con las redes vacías.

No creo que existan otras razones. Es falta de verdadero celo, de que cada vez se tiene en menos estima la Redención de Cristo.

Si la verdadera causa se pusiera en la Declaración de Libertad religiosa del Vatcano II, malo; pues se habría segado de raíz el celo misional y desoído el mandato de Cristo de predicar a toda creatura.

Alguno podría pensar que la *Pisciceptoral* nunca ha tenido buena prensa, porque el pescador va a aprovecharse del pescado y, una vez hecha la captura, le deja perecer tranquilamente, pues, interpretando con rectitud las palabras de Cristo, no está el acto de pescar en otra cosa que en captar, hacer prosélitos, no en ulteriores facetas que nada tienen que ver con el arte de pescar.

Pero en lo que tenemos que poner hoy más cuidado es en la posible objeción de que no se debe sacar el pescado de su medio natural que es el agua. Es decir, cuando se piensa que el cristiano no debe abandonar nada del mundo, ni sus malos hábitos, ni amistades peligrosas, ni mala vida, ni pecados, etc., claro está que esa pesca resulta inútil. La consecuencia lógica, en este caso, es no sólo no pescar, sino soltar lo ya pescado, romper los diques que contienen lo que en siglos se ha ido colectando y ¡volar!, que en este caso sería ¡a nadar! A esta última consecuencia ya han llegado los que están dinamitando los muros de los conventos y seminarios, los que atacan el Dogma y buscan una moral de situación sin preceptos de ningún género.

Sé que mi palabra recién inventada no va a tener éxito alguno. La indolencia humana se hubiera resistido a admitirla. En los primeros siglos y en la conquista de América, que hubiera tenido buena acogida, no se enredaba a jugar con las palabras. Había apóstoles o misioneros, sin cuidarse de nomenclaturas. Esto les tenía sin cuidado. Pero la *Pisciceptoral* se ha descubierto en el siglo en que se la ataca por los cuatro costados, y así no se le augura buen porvenir. El autor se conformaría con que surgieran de nuevo apóstoles con garra, misioneros con espíritu; lo del nombre es lo de menos.

POR EL SANTO ROSARIO...

Por José María PEREZ, Pbro.

¡A Dios! ¡A Dios! Los ríos no se dan paz ni punto de sosiego hasta llegar y unirse con la mar. Pasan por valles frondosos, y vegas hermosas, y huertos y jardines amenos. Ni por eso detienen su acelerada carrera. Corren ellos sin cesar, murmurando siempre: ¡A la mar! ¡A la mar!

La piedra cae de la cumbre del monte; y se encuentra en el camino con rocas brillantes, y plantas y flores bellas, y cascadas ruidosas... Pero no se detiene hasta llegar al fondo, mientras parece ir murmurando: ¡A la tierra! ¡A la tierra!

Y es que todo en la naturaleza corre a su centro y nada descansa hasta que llega a él...

¿Y no es nuestro centro, lector pío, no es nuestro centro *Dios*? ¿Por qué nos detenemos en los caminos de este mundo? Porque no seguimos siempre nuestra ruta murmurando: ¡A Dios! ¡A Dios!

● Y a Dios, por expresa voluntad del mismo Dios, llegaremos fácilmente por María, Madre de Dios y Madre nuestra, que vino a Lourdes y a Fátima... con el santo rosario.

En su magnífica encíclica «Christi Matri Rosarii», dedicada íntegramente a exhortar a los responsables de las naciones a restablecer la paz del mundo y a exhortar al pueblo cristiano a obtenerla de Dios por el rezo ferviente del santo rosario, escribe el Papa Pablo VI:

«Al crecer los males es necesario que crezca la piedad del pueblo de Dios. Por eso ardientemente deseamos, venerables herma nos, que yendo delante vosotros, exhortando e impulsando, se ruegue con más instancia durante el mes de octubre, como ya hemos dicho, con el rezo piadoso del rosario de María, clementísima Madre. Es muy acomodada esta forma de oración al sentido del pueblo de Dios; muy agradable a la Madre de Dios y muy eficaz para impetrar los dones celestiales.» (Pablo VI, encíclica *Christi Matri Rosarii* (15-6-66): AAS, 58 (1966), págs. 745-749.)

Como ves, el Papa del Concilio Vaticano II es un ardiente defensor del rezo del santo rosario, al cual rezo concede importancia extraordinaria para obtener de Dios, por intercesión de María, la paz del mundo y el remedio de todos los males que afligen a la Iglesia de hoy.

Clamemos pues: Por el santo rosario... ¡A Dios! ¡A Dios!

● No poco podría aquí decirse, quepasense amigo, sobre la historia del santo rosario, sobre la excelencia del santo rosario, sobre el modo de rezar eficazmente el santo rosario, sobre el santo rosario como signo de predestinación eterna...

Ya algo de esto te expliqué, si mal no recuerdo, el año anterior en la fiesta del santo rosario. Y como te supongo de ello conocedor por tu cristiana educación «a la española»: sólo me fijaré hoy en la «anécdota». Me placerá que te sirva de piadosa lectura, de saludable ejemplo, de dulce recordanza de tu celestial Madre, María, la Reina del Santísimo Rosario. *Regina Sacratissimi Rosarii, ora pro nobis*!

● Refiere monseñor Fulton Sheen, el obispo de la televisión americana, lo que sigue: Conozco a un judío alemán que durante la segunda guerra mundial se refugió en el embudo de una bomba con otros cuatro soldados austríacos. De todas partes llovían cascos de metralla. Y de pronto, una bomba mató a sus cuatro compañeros.

El judío cogió el rosario de una de las víctimas y comenzó a rezarlo. Se lo sabía de memoria por haberlo escuchado rezar tantas veces a sus compañeros. Y al terminar la primera decena tuvo la sensación de que había de abandonar su refugio. Se arrastró por el fango y la tierra removida, arrojándose en otro embudo, en el instante mismo que una bomba estallaba dentro del refugio anterior.

Al final de cada decena tuvo el presentimiento de cambiar de lugar, y así lo hizo, y cuatro nuevas explosiones estallaron en los embudos que había abandonado.

Así se salvó este hombre. Y por eso prometió dedicar su vida entera a Nuestro Señor y a su Santa Madre, María.

Después de la guerra llegaron nuevos sufrimientos para él: toda la familia había sido quemada por los enemigos. Pero él mantuvo su promesa. El año pasado (1952) lo bauticé, y ahora estudia para prepararse a la ordenación de sacerdote.

● Sacerdote santo era Francisco Javier. Y fue un gran apóstol del santo rosario. Por todas partes predicaba él esta devoción. Y por ningún trabajo ni ocupación dejó de practicarla todos los días de su vida. Siempre llevaba al cuello el rosario, no bajo la sotana, sino encima, patentemente para que todos los vieran y supieran que era la cadena de oro que unía su corazón al Corazón de María.

A menudo era llamado a la asistencia de los enfermos y administración de los sacrementos a gran distancia. Y como le era imposible visitar muchos enfermos en el mismo día y aun en la misma semana, les enviaba un rosario, recomendándoles que lo rezaran si podían, y, en caso de imposibilidad, que se lo pusieran al cuello. A unos aseguraba que se aliviarían, a otros que sanarían, a todos que, al menos sin los sacramentos, no morirían. ¡Promesa mil veces cumplida! Por grave que fuera la enfermedad, dio siempre tiempo a que el santo llevase al moribundo los sacrementos.

Y un día, el mensajero mandado por el santo con el rosario para un enfermo encontró a éste muerto. Le impusieron, sin embargo, el rosario, y el difunto tornó inmediatamente a la vida, como quien despierta a un leve golpecito.

● Un poco más sobre el apóstol del santo rosario. Iba a embarcarse un comerciante para Malaca y le pidió la bendición y un recuerdo. Le alargó Javier la mano y le dio un rosario, diciéndole:

—No os será inútil si tenéis confianza en la Virgen María.

Y el comerciante partió. El barco, al ir a atravesar el golfo que hay entre Meliapur y Malaca, azotado por una terrible tempestad, dio contra un escollo y se hizo pedazos, pereciendo una parte considerable de la tripulación.

Algunos náufragos ganaron las alturas del promontorio donde se había estrellado el barco y, por el pronto, aquellas rocas les dieron hospitalidad. Pero mantenerse allí solitarios, sin alimentos, a la intemperie, sin albergue en alta mar... ¡Insostenible situación!

Tomemos, pues, dijeron, una resolución desesperada: Muerte por muerte, muramos. Y cada cual coge un resto de la embarcación, y a la ventura..., a discreción de las olas.

Entre aquellos se hallaba nuestro comerciante. Aferrado a un pedazo de mástil, el rosario que San Francisco Javier le había dado al brazo, y confiando en la Virgen María, se entrega sin rumbo a donde Dios quiera.

A poco se desmaya. Y cuando vuelve en sí, hállase en una playa desconocida. Mira en derredor, y sus compañeros de viaje y de infortunio habían desaparecido. ¿Cómo se encontraba en aquel paraje? Lo ignoraba. Y ve que se halla en tierra de Nagapatán, y que de allí podrá ir a su patria. Y lo que desea es publicar que el Santo Rosario le ha salvado.

● ¡Otro rosario regalado! Uno de los más célebres compositores de música es el ilustre Gluck, el cual se distinguió por su fidelidad en rezar el santo Rosario. Y esta devoción le preservó de la influencia irreligiosa del filosofismo que, en aquella época, invadía la sociedad donde se veía de continuo precisado a mezclarse en el curso de su larga y brillante carrera.

Como otros artistas famosos, Gluck aprendió los primeros elementos de su arte bajo las bóvedas de una venerable basílica. Un día, cuenta su biógrafo, dos pobres hombres llevaron al Preboste de la catedral de Viena un niño pálido y delicado, solicitando que lo admitiera en su escuela.

El niño estaba dotado de las bellas cualidades del corazón y del espíritu. Y tenía una voz tan hermosa, de una expresión tan pura, que cada vez que cantaba, la catedral se llenaba de una multitud que le escuchaba con admiración agrado.

● Un día que el jovencito Gluck había cantado una antífona a la Virgen María con más perfección que de costumbre, al salir de la iglesia se vio detenido por un santo religioso, que le dijo:

—Hijo mío, acabas de hacerme derramar lágrimas de alegría. Siento mucho no poder darte una prueba de mi reconocimiento por el placer que me has dado. Pero toma este rosario, y guárdalo como recuerdo. Si no puedes rezarlo entero todos los días, reza al menos una parte. Si eres fiel a esta práctica, te aseguro que serás tan querido de Dios que algún día llegarás a ser verdaderamente grande delante de los hombres.

● Y Gluck fue siempre fiel en rezar el santo Rosario. Su familia era tan pobre, que no podía procurarle los medios para continuar sus estudios; pero el joven, sin descorazonarse, continuó su piadosa costumbre.

Y una tarde llaman a la puerta de su pobre habitación. Era un director de coros que, estando encargado de recoger las obras de Palestrina en Italia, venía a buscar a Gluck para llevárselo consigo y hacerle acabar sus estudios tan felizmente comenzados.

Desde este momento hizo rápidos progresos. Pero jamás dejó de ser fiel a sus deberes religiosos y prácticas de piedad. Y en medio de fiestas y las diversiones, veíase a Gluck dejar cada noche la sociedad y buscar algún lugar retirado para rezar allí el santo Rosario. Y cuando, después de una larga y azarosa carrera, la muerte vino a llamar a su puerta, lo encontró rezando el Santo Rosario.

● ¡Y no faltan quienes afirmen que el santo Rosario es monótono y devoción de piadosas mujercillas! Fácil probar que se equivocan. Pero se me escurrió el tiempo sin pensarlo.

El ilustre Bossuet, uno de los más esclarecidos sabios del siglo de Luis XIV, no sólo rezaba asiduamente el santo Rosario, sino que se inscribió en la Cofradía, en el convento de los Padres Dominicos de la calle de Santiago, en París, el día 10 de agosto del año 1680.

● Y termino con unas palabras del Papa Juan XXIII, el gran amigo del santo Rosario. He aquí sus propias palabras:

«El Rosario, como ejercicio de cristiana devoción entre los fieles de rito latino, que forman notable porción de la familia católica, *tiene su puesto después de la Santa Misa y del Breviario para los eclesiásticos, y después de la participación de los Sacramentos para los seglares*. El Rosario es siempre forma devota de unión con Dios y de alta elevación espiritual.» (Juan XXIII, Epíst. Apost., AAS 53 (1961), p. 643.)

¡Por el santo Rosario..., a Dios! ¡A Dios!

NUESTROS CONSIERVOS LOS ANGELES

Por IJCIS

1. UNA PREGUNTA

¿Es católico el progresista periódico inglés «New Christian», quien con imprudente osadía manda a paseo a los ángeles con estas descorteses palabras: «Será una verdadera ventaja si desaparecen de la predicación, de las lecciones de catecismo y de la liturgia»?

¿Es católico el progresista catecismo holandés que, a más de otros gravísimos extremos, deja en duda la existencia real de los ángeles?

Ciertamente que no; pues es *herético* negar o dudar de una verdad de fe, y el catecismo holandés pone en duda esa verdad claramente revelada en la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, inequivocamente enseñada y definida por el Magisterio, constantemente transmitida por la tradición viva de la Iglesia, vitalmente profesada y vivida en la liturgia.

Muy tempranamente lo captaron en la redacción de la así llamada publicación integrista (léase católica) «Konfrontatie». Pablo VI se adelantó también, mucho antes del veredicto de la Comisión cardenalicia, a pedir al primado Alfrink una afirmación clara, intergiversable, de la existencia de los ángeles. Y la propia Comisión intima: «El *catecismo* debe enseñar que Dios ha creado también, además de este mundo sensible en el que vivimos, el reino de los espíritus puros llamados ángeles.» Y cita entre paréntesis a los Concilios Vaticano I y II.

2. SAGRADA, INDEFECTIBLE CREENCIA

La existencia de los ángeles es una verdad de fe divina y católica *definida* en los Concilios IV de Letrán y Vaticano I.

Ya el Papa San Gregorio Magno advertía que casi todas las páginas bíblicas atestiguan que hay ángeles y arcángeles. Así es: se nos muestran continuamente en acción desde el tercer capítulo del primer libro, el Génesis, hasta el postrer capítulo del último libro, el Apocalipsis. Más aún: parece deducirse de las Sagradas Letras que su número es *sin número*, mayor sin comparación que el de los hombres de todos los siglos, hasta el punto de que San Cirilo de Jerusalén explica en sus célebres *Catequesis* la parábola de *la oveja perdida*, cual si ésa fuera todo el género humano que el Redentor bajara a buscar, dejando las noventa y nueve, las milicias angélicas, seguras en el cielo.

Es ya común desde antiguo distinguirlos en tres *jerarquías* de tres órdenes cada una: querubines, serafines, tronos; dominaciones, virtudes, potestades; principados, arcángeles, ángeles.

Los arcángeles, como nos dice su nombre, gozan de eminencia y poder sobre los ángeles. La Escritura nos descubre tres nombres de tres espíritus privilegiados: *Miguel* = quién es como Dios; *Gabriel* = fuerza de Dios; *Rafael* = medicina de Dios. El primero es el Jefe de los escuadrones celestes, el que se enfrentó con Luzbel, el que defiende a la Iglesia, cual supremo custodio, contra los no interrumpidos asaltos del mismo Satanás; el tercero ilumina con su sonrisa de cielo y sus maternales atenciones el libro encantador de Tobías; el segundo es el gran mensajero de la Encarnación, y su diálogo trascendental con la humilde Doncella de Nazaret constituye una de las páginas más admirables y bellas de todas las literaturas, en que con virginal fragancia y delicadeza divina se narra el hecho cumbre de la historia.

Resumamos las correcciones impuestas al *herético* catecismo holandés:

La Biblia habla a menudo de los ángeles: los mensajeros, los espíritus que sirven a Dios, presentados con frecuencia en figura humana. Ellos hacen visible la divina bondad, como seres espirituales y bienhechores que colaboran con nosotros. La existencia de los ángeles, buenos y malos, es *una verdad de la fe católica*. Se nos presentan siempre en relación con la historia de nuestra salvación en Jesucristo, y entrevemos en ello la misteriosa solidaridad que une a los diversos niveles de la Creación entre sí.

3. PAPAS Y SANTOS

San Pedro reconoce que un ángel le sacó de la cárcel, librándole de las manos de Herodes y de la expectación de los judíos; y un ángel interviene en el encuentro del primer Papa con el centurión Cornelio: primer paso de la evangelización de los gentiles.

Otro gran Pontífice, San Gregorio Magno, se detiene con gozosa piedad en registrar los datos de la Sagrada Escritura acerca de estos soberanos espíritus, nos explica sus nombres y oficios, nos relata su correspondiente actuación.

Viniendo a nuestros tiempos, Benedicto XV fue muy devoto de San Rafael, cuya fiesta extendió a toda la Iglesia.

Era continuo en Pío XI el recurso a los celestes espíritus. «Cuando tengo que entablar con alguna persona una conversación difícil, entonces ruego a mi ángel custodio que hable al ángel custodio de la persona que debo tratar.» Este método de acción, que nos es muy grato y de reconocida eficacia, lo usaban también muchos santos.

De Pío XII bastaría recordar la vehemente exhortación a la peregrinación estadounidense de 3 de octubre de 1958, y la seria advertencia en «Humani géneris» frente «algunas falsas opiniones que amenazan destruir los fundamentos de la doctrina católica», por ejemplo, que se ponga en discusión «si los ángeles son creaturas personas».

Es harto copiosa la literatura angélica en Juan XXIII. Quería que los padres infundieran en sus hijos la doctrina católica sobre su continua presencia y asistencia; atribuía a su ángel de la guarda la inspiración del Concilio; les encomendaba el restablecimiento de la concordia social y la pureza de costumbres; estimaba su devoción y culto como algo *esencial en el cristiano*.

¿Qué vamos a decir de Pablo VI? Llamó enseguida la atención al cardenal de Utrech, Alfrink, sobre este punto, exigiendo que el *Nuevo Catecismo* «no debe dejar lugar a ambigüedad alguna *en esta* creencia redicada en el Evangelio y en la Tradición de la Iglesia». Y en su Profesión de Fe: «Creemos en un solo Dios... Creador... de las cosas invisibles, como son los espíritus puros, que llamamos también ángeles». Ellos, con los demás bienaventurados, «participan en el gobierno divino de las cosas, que ejerce Cristo glorificado», y ayudan nuestra flaqueza.

Mención especial merece León XIII por la invocación apremiante a San Miguel al final de la Misa «contra la perversidad y asechanzas del demonio». Según testimonio de un anciano cardenal en plena Congregación de Ritos, el mismo sabio Pontífice le comunicó: que la invocación al arcángel San Miguel la había añadido contra las amenazas de la Francmasonería, movido a ello por una revelación sobrenatural.

No queda espacio para narrar las mil y una intervenciones angélicas en las vidas de los santos: Santa Francisca Romana, en el siglo XV; el P. Hoyos, en el siglo XVIII; Santa Gema Galgani, en el siglo XX... Es curioso que el ángel, que siempre iba a la derecha del P. Hoyos, en cuanto se ordenó de sacerdote se colocaba indefectiblemente a su izquierda.

A Santa Teresa un querubín le transverberó con un dardo encendido el corazón. Almas señeras, impermeables a toda ilusión y engaño, cumbres no superadas de la espiritualidad católica, como San Ignacio y San Juan de la Cruz, nos incitan a imitar *la serenidad de los ángeles*: esa serenidad que no pierden ni con los más variados y arduos cuidados de los hombres... Y es que, como dijero el Maestro, siempre están viendo el rostro de Dios.

4. LOS ANGELES CUSTODIOS

Los ángeles adoran, alaban, bendicen y obedecen a Dios; adoran y sirven a Jesucristo; tienen por misión ordinaria la guarda y defensa de los hombres.

Que los ángeles sean custodios de los humanos en general es de *fe divina católica*. Que lo sean de cada uno de los fieles en particular, se tiene como *doctrina cierta en teología*.

Se supone con todo derecho, por relación a Israel, que San Miguel es el ángel custodio de la Iglesia.

También tienen su ángel de la guardia las iglesias locales y las diversas naciones, y es probable que las personas públicas, en cuanto tales, como pontífices, jefes de Estado, etc., gocen de un ángel especial, además del que ya tienen como personas privadas.

Ni es inverosímil que algunos santos insignes y varones egregios, llamados a misiones relevantes en la Iglesia, posean por guardián algún arcángel o espíritu superior. A San Ignacio de Loyola se lo sugirió alguien con ingenuidad infantil, y el santo se ruborizó significativamente.

Si mal no recordamos, se dio a entender al padre Hoyos que España podía gloriarse también de contar con la singular custodia de San Miguel..., sin duda por su excepcional vocación de defensora y difusora de la Fe de Jesucristo y misionera sin par del Evangelio.

El culto de los ángeles, aprobado por Dios en la Sagrada Escritura, ha florecido siempre en la Iglesia. Nada resta al honor divino, en cuya mayor gloria redunda; es connatural al hombre, dada la supremacía de que están dotados, tan superior a nosotros; más aún, es un deber de gratitud, por su asistencia, sus inspiraciones, su intercesión por nosotros, su defensa contra el demonio, su custodia fraternal...

Así como los padres de la tierra —es pensamiento del Catecismo Romano— eligen guías y tutores para los hijos que han de realizar un largo viaje por regiones peligrosas, del mismo modo nuestro Padre celestial, en este camino que nos ha de llevar hasta la Patria del cielo, se cuidó de asignar a cada uno de sus hijos un ángel que esté a su lado en los peligros, que le sostenga en las dificultades, que le libre de las asechanzas de los enemigos y le proteja contra los asaltos del mal: un ángel que le mantenga firme en el camino recto y le impida extraviarse por sendas equivocadas, víctima de las emboscadas del enemigo traidor.

San Bernardo resume así cuál ha de ser en reciprocidad nuestra conducta con ellos. Ha de ser una actitud de reverencia, devoción y confianza. *Reverencia*, por su presencia; *devoción*, por su benevolencia; *confianza*, por su custodia.

La Iglesia, Madre solícita que vela todos los pasos de sus hijos, pide en la bendición de los puentes, que los ángeles protejan a cuantos han de pasarlos. ¡Que nos defiendan y guíen a lo largo de todo el puente de la presente vida hasta llegar incólumes a... la otra orilla del cielo!

¡Y que el arcángel San Miguel defienda a la Iglesia de los ataques solapados, cobardes, traidores, de su mortal enemigo interior: el progresismo acatólico y acristiano: nube de gases asfixiantes que avanza a ras de tierra arrasándolo todo!

Fiesta de San Miguel, San Gabriel y San Rafael.

A la caza de verdades

Por M. SEMPRUN GURREA

«LOS SUPER...» desarrollados están preocupadísimos por la cuestión económica, pues ni uno solo escapa a la crisis. En lugar de buscar la manera de repartir mejor lo que sobra a unos para suplir lo que falta a otros o de vigilar a los repartidores de esas organizaciones internacionales, con muchas letras —no de «cambio», sino del abecedario— y muy poca honradez (como se probó en Biafra y se está probando en el Senegal, Mauritania, Etiopía, etc.), han pensado en cambiar el sistema monetario, lo cual no significa que dejen de tirar al mar toneladas de trigo para que aumente el precio del pan, o hacer del intercambio alimenticio un negocio que reporte a muy pocos inmensas cantidades, y del petróleo un asunto político amenazador o defensivo que dificulte o inutilice el transporte de víveres... Elegido como presidente del «F. M. I.» (Fondo Monetario Internacional), el señor M. Hendrikus Wittereen, holandés de cincuenta y dos años de edad, proclama —no sabemos si para tomarnos el pelo o inspirarnos confianza— que su lema es: «confundirse», o sea «fundirse con»... Dios. Resulta que este individuo que ha sido dos veces ministro de Hacienda en los Países Bajos, es uno de los dirigentes del «Sufismo», secta musulmana de gran influencia en Irán, cuya meta consiste en curar la nostalgia de Dios «con-fundiéndose» con El por medio de la meditación. Ignoramos si los libros para meditar son los billetes de Banco o las cotizaciones de Bolsa y tendremos que esperar a que se celebra la Asamblea general económica, presidida por Witereen en Nairobi (Kenya) para ver los resultados. No podemos concebir nada más opuesto e incompatible que Dios y el dinero y eso nos hace *temer* que se agravará lo de la devaluación del dólar y por otra parte nos hace *esperar* que *no* conseguirá el presidente muchos adeptos para su secta, pues quien «confunda» a Dios con el dinero «buen confundidor será»...

De acuerdo con el doctor Walter Arr Roberts —que fue presidente de la Asociación americana para el Avance de las Ciencias—, a partir del año 1970 el hombre dominaría de tal manera la climatología que la cuestión de siembras, cosechas, calores, fríos, viajes, oportunidades espaciales, incluso placeres turísticos, etcétera, no iban a ofrecer ninguna dificultad. Nos figuramos que el «sabio» contaba con hallar también la fórmula que hiciera que todos los humanos se pusieran al habla o hubiese referéndums universales o votaciones de masas para decidir cuándo se les concedía el sol a los rusos, la lluvia —sin inundaciones— a los africanos, el cielo despejado a los ingleses y los cambios atmosféricos a las islas Canarias. Para ello no estaría de más fundar en la O. N. U. una nueva sección, sufragada por los impuestos de los contribuyentes —sin duda ninguna muy dispuestos a pagarlos en vista de la paz mundial que disfrutamos, merced a la obra magnífica de la citada organización—, a cuyas manos se confiara el fallo decisivo con la certidumbre de que sería acatado por los realizadores, como, por ejemplo, lo fue en la cuestión de Gibraltar... En marzo de 1973 las predicciones meteorológicas sobre el verano eran unánimes en el mundo: no iba a notarse el estío por lo corto y lo suave: 39 grados a 43 en España no es del todo excepcional, pero 36 (grados centígrados *no* Farenheit) en Washington, en Londres, en Estocolmo, etc., no es muy corriente; a fines de agosto continuaban las altísimas temperaturas; en Africa 13 millones de personas se encontraban en peligro de muerte, la sequía empezó en 1971...

La planificación familiar ha sido otro gran triunfo científico; la píldora fracasa *no* solamente en el hecho de que a veces produce trillizos, sino que en la mayoría de los casos «regala» una perdurable inestabilidad mental y el cáncer; ninguna de ambas cosas es para preocupar; la psiquiatría ha hecho progresos tales que cada día crece el número de dementes, lo cual da de comer a todo el personal de las clínicas, y para ello aumenta de manera asombrosa el pluriempleo de los familiares de los perturbados, a lo que sigue, como consecuencia lógica, el crecimiento de los parados que siempre pueden encontrar solución enajenándose ellos mismos y entrando así a formar parte de los que merecen la compasión del cardenal Villot, que quisiera hacer mucho por ellos —como dice en carta al Congreso de Capellanes, Médicos y Enfermeros de hospitales psiquiátricos reunidos en Estrasburgo—, pero a quien seguramente le será imposible, ya que su Secretaría de Estado tiene tantos y tan acuciantes problemas sin resolver o empeorando...

En cuanto al cáncer no hay por qué preocuparse; todos los años anuncia la prensa un nuevo invento para curarlo y es, sin duda, obra del progreso el haber obtenido para los menores y los pueblos subdesarrollados fácil acceso a él; así vemos que en España nos vamos acercando a cifras europeas de cancerosos, y en todas partes los niños, para quienes la enfermedad era desconocida, la padecen como cualquier adulto.

Eso no quita que la tuberculosis, que se creyó vencida como tantas otras enfermedades, entre ellas la lepra, hayan vuelto a vernos con una mueca de burla lanzada por los bacilos inmunizados o, en algunos casos, presentándose en el organismo con pseudónimo...

La planificación familiar acusa otras facetas descubiertas en superdesarrollados países, ¡naturalmente! Para evitar la expansión demográfica se constituyen hogares dirigidos por parejas de homosexuales que adoptan huérfanos o compran hijos de padres involuntarios; si los fundadores del hogar son del sexo masculino, los adoptados irán a colegios dirigidos por mujeres y a la inversa se hará en caso contrario; así los educandos recibirán influencias de hombres y mujeres, facilitado por la coeducación que Giner de los Ríos no logró prevaleciera en España por estar entonces «infra...» desarrollada, pero que hoy —que estamos sólo «sub»— ha prevalecido gracias al celo apostólico de monjas y frailes y a los millones invertidos en nuestros programas de educación por la masonería. En Francia, donde también actúan las logias, ya es obligatoria la asignatura de «educación sexual» desde la clase de «sixième», que corresponde a nuestro primer año de bachillerato; comentándolo con su estilo brillante y mordaz —como el de San Jerónimo— el escritor católico Paul Scortesco, dice que incumbe la responsabilidad a la jerarquía, ya que han sido los colegios religiosos los que primero pusieron en práctica esta enseñanza: «la jerarquía se pregunta, desde hace diez años, cómo ha podido la humanidad perpetuarse, desde su origen hasta nuestros días, sin educación sexual». («Año Santo o diabólico».)

El avance en armas nucleares es patente y nos prueba esa perfecta democracia que ya se manifestó con motivo de Formosa; las grandes potencias tienen todos los derechos: China, Rusia, Estados Unidos, pueden hacer sus ensayos donde les plazca; Francia, no; hasta sus propios jerarcas se oponen a ello.

Monseñor Riobé, que cumple tan mal sus deberes eclesiásticos, conocido como verdadero demoledor de la Iglesia, se pelea con los militares —a quienes, como ya dijimos, daba la razón Daniélou—, so pretexto de justicia social, estilo jesuístico moderno. Con lo que gasta un «Apolo» en un solo viaje a la Luna se resolvería el problema del hambre de una, por lo menos, de las seis naciones que se mueren en Africa. El estado mental de los cosmonautas, que aparece meses después de su regreso, será una prueba más del superdesarrollo. El dominio de una parte insignificante del espacio adula la vanidad del hombre. El mismo Papa Montini, personal y liberalmente —con motivo de pequeños triunfos aún no consolidados—, exclamaba: «¡Honor al hombre, honor a la ciencia, honor a la técnica! ¡Honor al rey de la tierra y hoy príncipe del cielo!» A este propósito es menester recordar las palabras del cardenal Cayetano, uno de los más grandes teólogos que ha tenido la Santa Iglesia. Dice así: «El axioma, *donde está el Papa está la Iglesia,* vale cuando el Papa se comporta como Jefe de la Iglesia; si ése no es el caso, ni la Iglesia está en él ni él en la Iglesia» (Cayetano se distingue por su energía en defensa de la infalibilidad y de la autoridad papales). Cuando Pablo VI entonaba esa especie de himno al hombre no pretendía actuar como Vicario de Cristo, sino humana y personalmente expresaba sus esperanzas en los seres racionales, las que, tantas veces frustradas, han causado mares de lágrimas al Pontífice, hipersensible, de quien nos cuenta su gran amigo Jean Guitton que nadie como él hablaba del mundo «con tal acento de admiración y fervor» («Diálogos con Pablo VI», edit. Plon. París).

Teilhard de Chardin no inventó el «evolucionismo» que ya triunfaba en el siglo XIX, pero sí le dio un matiz panteísta que quizá otros no le habrían dado y que después de haber hecho furor durante unos años está sentenciado a muerte, como demostrarán muy pronto las obras ya en preparación. Al mismo Einstein le ha descubierto grandes errores un jesuita de veras sabio. Y es que el hombre no es infalible y cuanto más presume más bajo cae. El gran descubridor es un ser tan modesto y tan veraz como Pasteur, que no triunfa por dinero y que alcanza, fundándose en Dios, lo que busca: hacer el bien al prójimo; ése es el verdaderamente desarrollado, porque, sin pensar en el «super», usa de las facultades que el Creador le ha dado para que con sus «cinco talentos» pueda producir otros cinco; pero mientras los hombres se jacten de descender de los animales sin bronquios o de ser un ente «poliforme, desembocando hacia abajo en el grupo de los primates» (doctor Lever, «profesor» de biología en la Universidad libre de Amsterdam), lo único que conseguirá o que ha conseguido es la sociedad de consumo que usurpa el nombre de civilizada, esa sociedad a la que se puede describir con el dicho: «Tente hasta que cobre.» Sociedad que, como cualquier casa de modas, lanza al mercado de vez en cuando una novedad: pisos, automóviles, juguetes, medicinas, aviones, electrodomésticos, teorías, programas de enseñanza, de doctrinas sociales o de adelgazamiento; proposiciones de viajes turísticos o de paz mundial, modernas relaciones entre los países y entre los sexos, drogas, afeites, libros, películas y... nuevas ideas religiosas que entibien o maten el alma a la par que los cuerpos se fortifican o endurecen, sin inmunizarse, con nuevos métodos de gimnasia, deporte, ejercicios que sirven también y sobre todo para hacer daño al prójimo. Dada la caducidad que voluntariamente se otorga a estos inventos, lo que hoy vale no tendrá valor dentro de veinticinco o cincuenta años; las casas, las lavadoras, las ideas, los aviones, así como estamos viendo con los misales (sólo que éstos no duran ni veinticinco meses, pues sería mal negocio) desaparecerán no para dar paso a algo mejor, sino distinto.

Lo único perdurable en este plan será la tristeza angustiosa del superdesarrollado, tan grande como la del esclavo que vive bajo el comunismo; ahí se encuentran las superestructuras y las infraestructuras de la sociedad, como han comprobado los observadores que *no* viajan sólo por cambiar de aire. «Vosotros, los españoles, sois los únicos que sabéis vivir—me decía un alemán de treinta y pico años de edad—; los demás, robots asfixiados en cemento que ni siquiera vegetamos. ¿Por qué, en qué consiste?»

«Te contestaré con palabras de un compatriota tuyo—repliqué—; tenemos el buen humor del que se sabe redimido.» (R. Guardini, mitad italiano, mitad alemán.)

¡Redimido y «subdesarrollado»! ¡Gracias a Dios y a pesar de nuestros pastores!...

(Continuará, D. m.)

Para el autor de "FRANCISCO FRANCO.-UN SIGLO DE ESPAÑA"

Por ANTONIO SANCHEZ MAURANDI, Párroco jubilado de San Antolín y cronista de Mula

Llamarse historiador es muy fácil. Serlo no lo es tanto, puesto que precisa buscar sólo y exclusivamente exponer los hechos ciertos con la mayor objetividad y no guiarse por simpatía o antipatía hacia pueblos o personas de los que principal o accesoriamente se trata.

Venimos notando en los fascículos de esta obra sobre Franco que el autor prodiga sus elogios para ciertos individuos y los regatea para otros, siendo muy significativo que los elogiados suelen ser siempre escritores o políticos de los que se vienen llamando de izquierdas, como precisamente en uno de los últimos fascículos en que elogia, con singular aplauso, a un novelista, sin venir a cuento, siendo el tal tenido, y con razón, por enemigo de la religión católica.

Pensamos dirigirnos al autor o escribir sobre este tema, pero lo dejamos para que no se pudiera interpretar que mi intervención tuviera relación con la diatriba que escribió contra el alcalde de Murcia, a la que éste respondió muy certeramente.

Pero llega a nuestras manos el fascículo 36. En él se llama «belicoso» al insigne cardenal Segura, y no contento con este calificativo, vuelve en la página 226 a injuriar la memoria de aquel insigne príncipe de la Iglesia, con estas palabras en la nota primera de dicha página: «*Tras resonantes altercados teórico-prácticos entre la autoridad política y el indómito cardenal don Pedro Segura —no bien comprendidos por una y otra parte—, el nombre de José Antonio Primo de Rivera no figura, en Sevilla, sobre la fachada catedralicia, como ocurre en los principales templos del país.*»

¿Por qué no explica el flamante historiador el origen de esos aludidos altercados? ¿Por qué no dice y razona la negativa del cardenal a que figurase el nombre de José Antonio en la fachada catedralicia?

Si el autor hubiera estudiado las razones del purpurado para su negativa, como en conciencia le invitamos a que las estudie, no le hubiera aplicado esos calificativos. Y no quiera apoyarse en lo de la mayoría de los templos, ya que la razón no está en que sean más o menos, sino en que la causa que se defienda sea justa.

De las represalias que se tomaron contra don Pedro Segura puede preguntar don Ricardo de la Cierva a los señores Martín Artajo, Castiella, al mismo señor Bueno Monreal y quizá también al entonces obispo de Túy, y la conducta de Segura entonces, ante la poco noble del ex nuncio y cardenal Tedeschini, a quien Dios haya perdonado; también podrá informarse por el mismo señor Bueno, cuando, llegado don Pedro de Roma, a donde había llevado las más insignes imágenes de la Virgen Santísima para el centenario de la definición dogmática de la Inmaculada, se presentó con carta y no con las bulas que le acreditasen como coadjutor *cum jure sucesionis*, así como la asistencia ante la asamblea homenaje al Papa que se había organizado en la catedral sevillana sin contar con su arzobispo. El cardenal, señor La Cierva, fue un hombre que no buscó jamás otra cosa que cumplir con su deber de sacerdote y que, por su acrisolada virtud e intrépida fe, fue nombrado auxiliar del arzobispo de Valladolid, cuando los auxiliares no se sacaban de las listas, como ahora, y muerto el arzobispo de Valladolid, se le designó para el obispado de Coria y allí lo conoció el Rey, que notó ser exacto cumplidor de su deber al no permitir la entrada en determinada clausura a las personas que acompañaban a S. M., y fue el mismo Rey el que desde entonces le tuvo gran veneración y lo propuso para Burgos y al poco tiempo para Toledo.

¿Por qué no estudia la disposición del Rey y la causa de tal disposición sobre la vestimenta para asistir las señoras a los actos religiosos de palacio?

Lea, lea el autor las pastorales de Segura y verá que en todas ellas brilla su acrisolada virtud, su sabiduría, su defensa de los valores espirituales, su celo apostólico.

En los cuatro años escasos que rigió la diócesis primada, que constaba entonces de más de doble territorio que la actual y que se extendía por Extremadura, la Mancha y Andalucía, con pueblos distantes 400 kilómetros de Toledo, y a todos los visitó, y no sólo atendía a sus diocesanos, también, por su sabiduría y santidad, se enteraba de muchas cosas, y con la calidad que llenaba su corazón cumplía su deber de informar, advertir y, cuando lo requería su cargo, corregir.

El entonces obispo de Cartagena fue advertido del peligro económico que amenazaba a la Federación Católica-Agraria. No hizo caso, y a los pocos meses se derrumbó aquella institución.

Don Federico Tedeschini se permitió decir en una plática en Madrid que «El Debate» era el único periódico católico que se publicaba en la capital de la nación, y al año siguiente, después de haber obtenido la aprobación por la Sagrada Congregación del Indice de la colección de «El Siglo Futuro», hizo que se rectificase aquel juicio, emitido sobre el periódico de don Angel Herrera.

Si el señor De la Cierva quiere más informes sobre el santo y sabio e integérrimo purpurado, incluso sobre su actuación en Sevilla, que comenzó de su parte siendo prudente, prudentísima, aunque ya, cuando las cuestiones se agriaron, una actuación no estuvo, como el que esto escribe aprovechó la ocasión de manifestárselo, tan ajustada como fuera dedesear. Y tenga en cuenta, señor De la Cierva, que el cardenal, como todos los que mandan, no pudo librarse de sus peores enemigos, que son los serviles aduladores que llegaron con su bajeza a colmar la calma de los falangistas sevillanos, a los que aquéllos llevaban las galeradas de los escritos del cardenal, con las que cierto día se presentaron a denunciar ante su eminencia a los falsarios traidores.

Tenemos la seguridad que si hubiera vivido don Pedro Segura cuando se tramó la abolición de la Unidad Católica no se hubieran visto tan solos los beneméritos católicos seglares en la defensa de la Unidad Católica.

Y para que las cosas queden en su lugar y cada barco aguante su vela, voy a publicar la carta que desde Murcia, y con el membrete de mi parroquia de San Antolín, dirigí al entonces obispo y después cardenal, sin que, como buen dialoguista sin diálogo, se dignase el señor Herrera contestar.

La carta iba en sobre que decía: «*Asunto de conciencia*», dentro de otro sobre en que se escribió: «*Excmo. y Rdmo. Sr. D. Angel Herrera Oria, Obispo de Málaga.*» Y decía así: «*Excmo. Sr. D. Angel Herrera, Obispo de Málaga. Muy distinguido señor mío: Mi condición de católico y español, y especialmente de sacerdote y párroco, me obligan a dirigirme a V. E. para, con todos los respetos pero también con la mayor energía, manifestarle mi disconformidad más completa con su actuación.*

Los muchos talentos que el Señor concedió a V. E., según mi leal saber y entender, los está empleando mucho tiempo ha negativamente, como paso a demostrar: ¿Qué se hizo de aquella Gran Campaña Social y aquella pastoral del episcopado, cuyas firmas sorprendieron a muchos de los que en ella figuraban? Fracaso ruidosísimo.

¿Qué se hizo de su pertinaz campaña pro Maura, Cierva, Osorio y Cambó? Otro fracaso a pesar del gato.

¿Qué se hizo de su concomitancia, una vez traída la República, con los virajes a la izquierda de su A. N. y de A. P., uniéndose con Lerroux primero y después con Portela? La entrada de España al comunismo.

Y ahora, excelentísimo señor, en vez de arrepentirse de haber causado tantos males, pretende, por medio de sus discípulos, desviar una vez más al episcopado y al Santo Padre, rompiendo la Unidad Católica, como claramente se dice en «Time» del 6 de febrero de 1963 en su escrito titulado «Emancipation in Spain».

¿De qué nos van a emancipar, señor Herrera?

¿Es esa la fraternidad que hemos de tener con los herejes?

¿Por qué hemos de ir contra la doctrina católica y conceder al error los mismos derechos que a la verdad?

Dios quiera que no siga V. E. causando quebrantos a la religión y a la Patria y que reparando en los que le recuerdo que causó con su «mentalidad moderna», según «Time», lleguen estas líneas a tiempo de evitarlo.» De V. E. etc. Firmado y rubricado.

Ambos cardenales, Segura y Herrera, han dejado este mundo y Dios quiera que estén en su Divina Presencia, pero la historia debe de ser la hitsoria, y porque uno carezca de prensa y el otro la tenga rica y abundante, aunque desgraciadamente no haya rectificado los derroteros que le marcó el fundador y dedique sus páginas a anunciar cultos y actos protestantes y a elogiar a herejes e impíos, como en sus buenos tiempos llamaba «caballero» a Renán, «insigne escritor» a Blasco Ibáñez y compañía, sin usar jamás de las normas de la Iglesia sobre los elogios a lo bueno de impíos y herejes.

En cambio se permiten lanzar injurias sobre la memoria de quien, como Segura, defendió en todo momento, sin otras miras que la gloria de Dios y la salvación de las almas, a la religión y se mostró en todo momento como digno ministro del Señor, aunque tuviera algún pequeño, pequeñísimo desliz, sin que se le pueda acusar de no obrar con arreglo a ley, en el trato con la potestad civil, que ya quisiera ésta recibir trato semejante de muchos titulares y muchos auxiliares en la actualidad. Y es que Segura era devotísimo de la Eucaristía y de la Santísima Virgen, cuyas devociones fomentó en sus cuatro diócesis y durante su estancia en Roma. Y ya que hemos nombrado Roma, bueno será recordar lo acaecido con Pío XI, al que se quejaron algunos cardenales de que «*Segura los dejaba en ridículo por la sencillez con que vestía.*»

El Papa le advirtió de la queja de sus compañeros y le dijo que debiera vestir la púrpura y no ir como simple sacerdote. Segura manifestó que se trataba de su apostolado en Santa María in Transtibere, donde la feligresía era la más pobre de Roma y por eso iba sin insignias cardenalicias. El Papa, no obstante, presionado por los otros cardenales, le dijo que se lo mandaba, y Segura, con toda veneración al sucesor de San Pedro, pero con todo su carácter de apóstol de Cristo, replicó: «Así lo haré, Santísimo Padre, pero Su Santidad responderá de aquellas almas.» Así terminó aquella entrevista, y a la mañana sieguiente, muy temprano, recibió Segura recado de Pío XI que no dejara de verlo cuanto antes. Acudió en seguida, y cambiado el saludo, dijo Pío XI: «*Le llamo para decirle que no he dormido en toda la noche pensando en lo que me dijo de mi responsabilidad sobre la salvación de las almas y que puede seguir su apostolado en el barrio y vestir como le parezca.*»

¿Qué le parece al señor De la Cierva? ¿No merce todos los respetos la memoria de quien hacía pensar al mismo Papa y rectificar su mandato y dejar libre para sus tareas apostólicas a quien sólo buscaba, en todas sus actuaciones, la gloria de Dios?

Pues es tanta la fobia que se respira contra esas actuaciones siempre apostólicas de Segura, que hasta en la buena prensa se deslizó una afirmación del señor García Serrano, que también se permitió en artículo sobre don Miguel Maura, con motivo de su fallecimiento, decir que era perdonable su funestísima actuación de ministro de la Gobernación por «la expulsión del cardenal Segura».

Más formalidad, más objetividad, más justicia, señores historiadores y articulistas.

MISCELANEA Y ESPIGUEO DE ACTUALIDAD

1. *El «Osservatore Romano» y los acontecimientos de Chile.*—Pide el órgano del Vaticano «que se eviten las violencias y el derramamiento de sangre». «Absteniéndonos de *todo* juicio sobre causas, etc., permanece en nosotros la profunda pena por el trágico cambio de los acontecimientos y triste fin del presidente Allende.»

Muy bien. Pero si el cambio hubiera sido otro, adelantándose y triunfando la dictadura comunista, seguida (¿o no?) de violencia y sangre, ¿hubiera hablado así o se habría callado el «Osservatore»? Para nosotros, es una incógnita. En el Vaticano, dice el corresponsal, no ha habido más comentarios. ¿Y le parecen pocos y nada significativos? ¿Y en qué clasificación de crítica entrará nuestro talante? El mismo día que esto leo y escribo, trae la prensa una alocución de Pablo VI, que distingue entre crítica destructiva y constructiva. «Esta segunda —dice— desvela defectos y fallos en el rostro humano de la Iglesia.» Pues esto es lo que hacemos o pretendemos hacer. Difícil delimitar a veces entre ambas críticas en esta revolución eclesial en la que debemos defendernos. Bien sabe Su Santidad que los católicos tenemos sobrados motivos para estar escamados y escarmentados.

Véase si no lo que declaró el episcopado chileno en los días del golpe, en especial su cardenal primado: «Pedimos moderación con los vencidos.» ¿Y por qué no se pidió a éstos cese inmediato en la resistencia encarnizada e inútil, si estaban vencidos? «Respeto para los caídos por un ideal, en especial para Allende.» ¿Respeto para los caídos o para su ideal? Esta es la cuestión. «Hicimos lo que pudimos para evitar la tragedia.» ¿Pero lo hicieron bien, o se metieron en camisa de once varas? Porque nuestro episcopado del 36, si bien aprobó la Cruzada una vez iniciada, hasta ese momento quedó al margen. Nadie le podrá acusar de haberse implicado en la gestación del zafarrancho. ¿Ha jugado tan limpio el Episcopado chileno? Y ahora, visto lo que se sabe, ¿cuál es la actitud ante la Junta Militar? ¿Aprobación, reprobación, indiferencia, reserva o sorda oposición? ¿Por qué Allende solicitó sermones del cardenal? ¿Se le ocurrió tal cosa a Azaña y al segundo de a bordo, Casares Quiroga? Pero en Chile se predicó, a sabiendas de la situación: medidas de Allende en serie, en todos los terrenos, típicamente comunistas; frente popular armado, un presidente agraciado tan sólo por la tercera parte de los sufragios; ¡vaya presidente constitucional!, que llegó a la presidencia *por gracia y desgracia de la democracia*, como aguadamente apunta un comentarista de la radio; un presidente juguete de la masa comunista; asalto al poder, fracasado por horas, por el golpe militar llegado a tiempo. Igualito que en España, con la sola diferencia de que aquí curas y obispos no eran comunistas, y allí sí, en no pequeño número. ¿Peligro de guerra civil? ¿Y será por otra cosa que por la ayuda de Rusia y Cuba? ¿Por qué el «Osservatore» no quiere dar juicio sobre causas? Tentado estoy de mandarle un editorial de uno de nuestros diarios para que se entere de que por aquí, y por el mundo entero, también sabemos lo que él sabe...

2. *Actitud episcopal ante el documento «Mysterium ecclesiae».* «Europa Press» trata la materia, y cierra su suelto con estas palabras: «Voces autorizadas se preguntan cómo algunos que se llaman teólogos pueden seguir defendiendo doctrinas en abierta oposición con el Magisterio de la Iglesia. Las mismas voces se preguntan cómo no se desautoriza con las penas previstas en el Código Canónico a esas personas que siembran la confusión entre los laicos, y aún entre sacerdotes.»

Ay, amigos, qué preguntas .Inútil. Ya vuelan por el ambiente sin que nadie las formule. ¿Para qué, si nadie las ha de contestar? Pero lo grave son las primeras palabras del suelto: «*casi*» la totalidad de los boletines de las diócesis españolas han publicado íntegramente el documento más importante que ha salido este año de la Santa Sede.»

Pues si podemos sospechar que más de un obispo ha hecho la publicación por bien parecer, ¿qué se puede pensar de los obispos que la han «descuidado», dado el tiempo transcurrido y la gravedad del documento? Cualquier cosa, y con conciencia tranquila. Aquí no dirá Pablo VI que hay crítica destructiva y desamor a la Iglesia. ¿O es que ha hablado para que nadie se entere?

3. *Se teme la desaparición de los lobos.*—Expertos en Ecología, ciencia de moda, estudian el problema, alarmados. Igualmente alarmados desde tiempo por la desaparición de otras especies. ¿Y a qué temer si tan cierta es la «ley» darwiniana de la evolución, que tantos papanatas «ilustrados» se tragan como dogma incuestionable? No hay que temer, porque esa ley natural, si existe, no hay quien la mueva, y tendrá que estar ahí, funcionando siempre, desde el principio de la creación hasta el fin del mundo. ¿Por qué ha tenido que pararse en algún momento? Por tanto, si desaparecen los lobos, ya volverán, porque bien tiene que haber especies intermedias, unas más lejos y otras más cerca, del lobo bien redondeado. No importa que nadie las haya visto desde hace muchísimos siglos. Por ahí estarán. O es un mito el «darwinismo, o siempre habrá lobos, aunque con piel de oveja. Porque vaya usted a saber si los lobos de hoy vienen de las ovejas de ayer. ¿No puede haber paralelismo entre el orden físico y material y el orden moalr? En este orden, cuántos lobos de hoy que ayer eran —o parecían— ovejas. Y cuántos monos hoy que ayer eran hombres. Altibajos y retrocesos esporádicos de la evolución, según el medio ambiente.

MENCHACA

Carta abierta al Sr. Félix Quintana

Por Antonio Roselló Bauza, Pbro.

Mi muy respetable señor:

Le felicito por el interés que se toma para que todo el mundo *comulgue de rodillas.*

Este es mi gran deseo, y prueba de ello es que no doy la Comunión a nadie (salvo impedimento físico) que no esté de *rodillas.*

He leído el artículo de ¿QUE PASA» número 506: «En torno a la «*Liga de Comulgantes Arrodillados*».

Y en él, hacia el final, dice: «Pero sí que estará (el señor director) siempre dispuesto a ayudarnos, insertando, por ejemplo, en el semanario sugerencias, noticias, etc., en torno a este plan.»

Y ahí ya va, señor Quintana, una sugerencia mía:

Yo enfocaría la cuestión de otro modo.

Usted sugiere, en caso de que se negara a dar la Comunión a los que se hayan arrodillado, que digan: «Perdón, padre... Queremos comulgar de rodillas, porque así está mandado para España y porque así también lo demanda nuestra piedad.»

Aplaudo su buena, bonísima intención; pero entiendo que la solución ha de ser bastante diferente.

Hay que buscar *una razón última y poderosa.*

Así no podemos decir, aunque tengamos toda la razón:

¡Señor..., me pesa de haberos ofendido, porque en España está mandado no ofenderos...!

Es una razón...; pero ¡qué débil!

En cambio, si se dice: «*Me pesa de todo corazón de haberos ofendido, porque sois infinitamente bueno, es tan fuerte que bastará para poner el alma en gracia.*»

Hay que buscar la *razón última* que nos ha de impelir a todos a *comulgar de rodillas.*

Así no vale nada la razón que me ponía una Madre Superiora, que me decía: «*En todas partes se comulga de pie.*»

Pues ella también me podría argüir, diciendo: «*En todas partes se comulga de rodillas.*»

Hay que buscar una *razón trascendente* que supere los «*modos*», y esta es la REALIDAD *del que vamos a recibir* en nuestro propio corazón.

En el número 504 de ¿QUE PASA?, el reverendo señor Félix Lasheras Bernal dice que había celebrado la misa en un pueblecito de un poco más de mil habitantes y que en ella comulgaron doscientos, *todos de rodillas.*

En cambio, resido en una villa de unos 4.000 habitantes, y en ella hay una parroquia y un convento de frailes, O. F. M., y en ambas iglesias... todo el mundo *comulga de pie.*

¿Convencerá al párroco o al superior de mi villa el saber que en el pueblecito citado se había *comulgado de rodillas*...?

—¿Dónde está la solución...?

—En una FE MUY VIVA de parte de los que RECIBEN la Sagrada COMUNION y sobre todo de parte de los que la DAN.

Cabalmente, ayer, cosa de las cinco treinta de la tarde, cuando me dirigía a la parroquia, para estar un rato ante el SAGRARIO, se plnta delante de mí un alma, que no era de cuatro años, sino que frisaba en los cincuenta ...y se «*arrodilló en plena calle.*

Naturalmente que no lo habría hecho de haber visto un sacerdote sin sotana.

¿Por qué lo había hecho...?

Porque había visto en mí el que celebra misa y consagra el CUERPO y SANGRE DE JESUCRISTO.

Era la FE que la hacía obrar así.

Pues si hay motivo para caer de rodillas ante el sacerdote, al que se le ha concedido el poder de *consagrar*, ¡con cuánta mayor razón habrá de *caer de rodillas* el que va a recibir a JESUS SACRAMENTADO...!

Para acrecentar la FE en la SAGRADA EUCARISTIA, tanto en los que la DAN como en los que la RECIBEN, yo les aconsejaría, no que leyeran simplemente, sino que *meditaran profundamente* lo que decía S. S. el Papa Pablo VI en el día del CORPUS DOMINI del presente año, cuando decía:

«*¡JESUS está con nosotros...! ¡JESUS se ha quedado entre nosotros hombres! Nosotros, sus discípulos y creyentes, nosotros lo sabemos: ¡JESUS está todavía presente! Mientras que un sacerdote celebre una misa en esta tierra, JESUS, aquel JESUS del Evangelio y el mismo JESUS que ahora está en el Cielo y se sienta en la gloria a la derecha del PADRE..., está presente..., está aquí*...»

Si se profundizara más y más estas sumas verdades, no es posible que no se coloquen en el suelo las *rodillas*, sino las mismas *frentes.*

Así que..., *FE*..., *muchísima FE*..., en el que *DA la Sagrada Comunión* y en el que la *recibe.*

Y entonces, me crea, señor Quintana, y (no es por esto, ni mucho menos, que menosprecie sus soluciones) aparecerá la verdadera «*LIGA DE COMULGANTES ARRODILLADOS*».

Perdone mi sugerencia que, como puede ver, no es en contra, sino muy a favor de la «Liga» y para mayor gloria del Señor, en el que le es affmo. su atto. servidor.

¡NO!, A LA LIBERTAD DE CONCIENCIA

Por el P. Jesús ECHEVERRIA

Se entiende el presente título, en el sentido a que nos referíamos en el anterior artículo, del que éste es complemento, haciendo ver ahora algunos de los absurdos que se seguirían y que en parte ya estamos padeciendo, como lo preconizaba y condenaba Pío IX en su alocución «Nunquam foret» de 1856. Pero si aquel Papa y aquella fecha están muy lejos, veamos lo que más recientemente nos ha enseñado Pablo VI en su «Humanae vitae» cuando coarta la libertad imponiendo obligaciones a los mismos gobiernos, aunque no sean católicos: «Decimos a los gobernantes... no permitáis que se degrade la moralidad de vuestros pueblos; no aceptéis que se introduzcan legalmente en la célula fundamental, que es la familia, prácticas contrarias a la ley natural y divina.» ¿Por qué no decir que cada uno siga su conciencia en este particular, tan íntimo y sagrado como quieren erróneamente muchos? Porque en una palabra, la libertad de conciencia debe estar sometida a Dios, a la ley natural y en última instancia a la única intérprete de la misma, que es la *Iglesia Católica, Apostólica, Romana*, cuyo auténtico y más fiel exponente es Pablo VI o el Papa.

¿Y qué otra cosa que coartar la libertad hace el mismo Cristo al recordar el «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente y con toda tu alma»? Si el amor a Dios y al prójimo son los dos primeros y principales mandamientos de que depende toda la ley y los profetas, es claro que en ellos han de apoyarse los fueros de nuestra conciencia. Y ésta en tanto será recta en cuanto se adapte a ellos y se encierre dentro de sus límites, que como vemos están bastante delineados y son hasta bastante exigentes, tanto en relación a Dios como a nuestro prójimo y bastante opuestos a la total libertad de conciencia, pues debemos amar a Dios no según nuestra conciencia, sino con todo el entendimiento, con todo el corazón, con toda el alma y con todas nuestras fuerzas, y debemos amar al prójimo no de cualquier manera según nuestra conciencia, sino como a nosotros mismos. En principio, pues, el católico, y mucho menos la Iglesia, jamás podrán enseñar que la libertad de conciencia no tiene barreras ni límites. Y si los tiene, la libertad de conciencia, mal que nos pese, es una utopía, y en muchísimas cosas, la conciencia tiene que someterse al dictamen de otras leyes no sólo divinas, sino hasta naturales, y para los católicos, también las de la Iglesia, etc.

La gloria de Dios y el bien común nuestro y de nuestros prójimos han de ser las metas de todo corazón y de toda alma y de todo entendimiento en cuanto éstas no se opongan a aquélla. Llevar a cabo del mejor modo posible la consecución de estas metas, ahí está el nudo gordiano, lo difícil de la cuestión, la división de las opiniones en los mismos padres conciliares del Vaticano II, bien sea para exigir el «minimum» de libertad o no permitir el abuso de las autoridades en los más diferentes procedimientos y situaciones; escollo éste que sólo se podría resolver si el árbitro fuese la Iglesia, fuera de la cual todo —HASTA LOS DERECHOS DE LA PERSONA HUMANA— es relativo, acomodaticio y vano. Por eso, de no someterse todos al veredicto de la Iglesia, jamás ésta podrá imponerlo a los gobiernos, aunque sean católicos, sino que en cada caso podrá emitir su juicio condenatorio ante las leyes restrictivas de la libertad, sobre todo en el orden religioso, como decía recientemente el Papa. Porque en el orden social de los derechos de la persona humana también es muy problemático y relativo muchas veces. Y lo que diga la Iglesia no es lo que dicen estos a aquellos sacerdotes, obispos y aun conferencias episcopales, cuando otros pueden decir todo lo contrario, sino lo que establezca la doctrina de la Iglesia. Y si en tantos asuntos sociales y políticos la Iglesia no dice ni puede decir muchas veces nada concreto, sino con relación a este o aquel caso, no tenemos por qué ser más papistas que el Papa ni más cristianos que Cristo. Y sobre este particular, la doctrina de la Iglesia sólo nos da normas generales que son de muy difícil aplicación, incluso a casos concretos. La igualdad, por ejemplo, de que tanto se hacen hoy lenguas tantos redentores (?) *del tercer mundo* y para ello, si el evangelio se les queda corto, acuden al Marx; León XIII ya dejó sentado lo que nadie ha de desbancar sobre este particular, o sea, que «según las ENSEÑANZAS EVANGELICAS —dice el Papa de la «Rerum novarum»— LA IGUALDAD de los hombres consiste en que todos, HABIENDOLES CABIDO EN SUERTE LA MISMA NATURALEZA, SON LLAMADOS A LA MISMA ALTISIMA DIGNIDAD DE HIJOS DE DIOS, y al mismo tiempo en que decretado para TODOS UN MISMO FIN, cada uno ha de ser juzgado SEGUN LA MISMA LEY para conseguir, conforme a sus méritos, O EL CASTIGO O LA RECOMPENSA.» ¡Qué diferente la enseñanza evangélica según la interpretación pontificia y auténtica sobre la igualdad de la que hoy se lee y oye en toda clase de medios de comunicación social sin exceptuar el mismo púlpito!

Pues algo parecido acontece con la tan cacareada libertad de conciencia que la Iglesia no puede defender porque no es evangélica, sino en casos concretos y que sólo la Iglesia como tal puede definir desde que se acepten sus principios y doctrina. ¿Quiere decir que la Iglesia sólo decretaría la libertad de conciencia si el mundo aceptase regirse por sus principios de moralidad y bien común? ¿Todo el mundo tendría que someterse a la Iglesia, en este punto, para que ella prescribiese a sus fieles y a los Gobiernos aún católicos la libertad de conciencia en privado y en público? En realidad, y aunque parezca una utopía, sólo así la Iglesia no se expondría a tener que volverse atrás. Sólo así estaría cierta de que las religiones o las ideas, y por su intermedio las conciencias y las libertades, no se considerarían con derecho a trasponer y traspasar los justos límites que no es dado violar al hombre sin perjudicar las relaciones y los derechos que establece el decálogo para con Dios y para con el prójimo. Y si este privilegio no se le concede a la Iglesia como no se le ha de conceder, no se le podrá negar a los Gobiernos; con la particularidad de que aquélla establecería los mismos principios inmutables para todos los hombres y las religiones y éstos variarán con los tiempos, las circunstancias, los hombres y las religiones, como hoy varían, por ejemplo, a respecto de la familia y de la sociedad, de los derechos del individuo y de las atribuciones de los mismos gobernantes.

Y varían en puntos esenciales y capitales: como la pena de muerte, la indisolubilidad del matrimonio, el aborto, la limitación de la natalidad, los derechos de propiedad, el comercio de blancas, la prostitución y hasta la misma esclavitud, y no digamos nada de la gama que existe en lo relacionado a la decencia en el decir, escribir y representar —RECORDEMOS EL FILM DE «LOS AMORES DE JESUCRISTO», QUE PROMUEVE Y FINANCIA EL GOBIERNO DE DINAMARCA Y QUE TAN ACERBAMENTE HA CRITICADO Y CONDENADO RECIENTEMENTE EL SANTO PADRE—, así como en el vestir y desvestirse hasta rayar en el nudismo o poco menos, quedándose hoy la mayor parte tan panchos. Si todo esto no es practicado como religión, sí lo es como derecho según la conciencia de cada uno; lo que viene a ser lo mismo. Pero aún todo esto se ha practicado y se practica en más o menos escala, permitido por ciertos credos o religiones. Y, sobre todo, no nos quepa la menor duda que sentado un principio absoluto sobre la libertad de conciencia a ser respetado por todos los Gobiernos, no faltarían profetas y «mesías» de religiones que enarbolasen como bandera todos estos vicios. Pero esto, para no alargarnos demasiado, quedará para continuar (D. m.) en el siguiente artículo. Y así terminaremos de demostrar que a los Gobiernos no se les puede obligar a que respeten o se sometan al principio de la libertad de conciencia.

LOS HAY MUY GRACIOSOS

Por BRUJA VERDE

Y lo son tanto que ni los ojos les sirven para ver los desatinos que cometen sus subordinados, a los que tienen obligación de amonestar, corregir y castigar; ni los oídos completamente taponados les dejan oír los disparates de sus dichos subordinados, disparates que, en la mayoría de los casos, son herejías palpables; ni las narices les sirven para percibir el hedor nauseabundo que todo lo llena.

¿Hasta cuándo dejarán los mayorales abandonado el rebaño? Parece ser que algunos dormidos despiertan y se aprestan a cumplir sus sacratísimos deberes que no se cumplen con halagos y con rebajarse (y esto sin verdadera humildad) hasta el punto de permitir la falta de respeto a los subordinados y de presentarse desprovistos de los atributos propios de su cargo o dignidad.

Pocos Papas habrán aventajado a San Pío X en humildad y jamás se le vio en sus actuaciones públicas sin las vestimentas y honores que corresponden al Sumo Pontífice de la Iglesia.

He conocido obispos humildísimos, comiendo pobremente y usando un camastro para dormir y, sin embargo, cuando actuaban públicamente lo hacían con pompa y majestad, pues sus funciones no eran de Juan o de Pedro, sino del que representaba a Dios como su más alto dignatario en la diócesis.

Eso sí, lo mismo San Pío X que los obispos cumplidores de su deber se preocuparon, el primero, de todo el orbe, infectado por el modernismo y los otros males, y los otros, de sus respectivas diócesis.

Las reuniones de entonces se reducían a cambiar impresiones por arzobispos, y alguna vez, cuando el caso lo requería, se reunía todo el episcopado bajo la presidencia del primado para deliberar sobre alguna cosa grave y publicaban pastorales colectivas para iluminar a toda la nación.

Hoy se reúnen todos los señores obispos para deliberar democráticamente sobre lo que menos les incumbe, mientras que no se tratan a fondo cuestiones vitales para la vida de la Iglesia y se deja a los clérigos obrar cada uno según su parecer y hasta los textos oficiales insertan varios modos de actuar.

Los sacerdotes entre los que mueren al sacerdocio por falta de fe y sobra de sensualidad, y los muertos, unido a la falta de vocaciones, cada vez son más escasos; pero con aumentar el número de vicarios, arciprestes y curiales, todo está arreglado, pues dentro de poco tiempo todos los sacerdotes serán vicarios episcopales y todo marchará como una seda.

¿Cómo se conserva sano todavía el pueblo? Esa pregunta no tiene otra explicación que la fe española, fe sencilla pero ciega y verdadera, repudia a esos cuatro desquiciados que se creen sabios, y por sabios pretenden pasar, negando los dogmas porque no se ajustan a su caprichosa y limitada razón, a la que proclaman diosa, la que les sale respondona y trae al mundo de cabeza con tanto atropello, tanto secuestro, tanto asesinato, mientras se cacarea el amor fraterno y la dignidad de la persona humana.

Ana-Catalina Emmerich y los tiempos actuales

7

Por M. M. E.

LOS OBISPOS

1821, junio 1.º—En Roma «todo estaba lleno de miserias. Les vi interceptar los caminos que iban al Papa. Vi que cuando creaban un obispo del modo que ellos le habían propuesto, era un intruso introducido contra la voluntad del Papa y que no poseía legítimamente la autoridad espiritual. (*Que si el Papa conociera bien al sujeto, no lo crearía obispo.*) Vi casi todos los obispos del mundo, pero sólo un pequeño número eran sanos.

Vi también al Padre Santo lleno de temor de Dios y orando. Nada había defectuoso en su exterior, pero estaba muy débil por la vejez y por muchos sufrimientos. Su cabeza vacilaba a menudo de un hombro a otro o caía sobre su pecho como si durmiera; a menudo también lo vi desfallecer y parecer que se moría. Lo vi con frecuencia sostenido, mientras oraba, por apariciones celestiales; entonces su cabeza se tenía derecha, pero en cuanto volvía a caer sobre el pecho, veía a muchas personas volver rápidamente la cabeza a derecha e izquierda, es decir, mirar hacia el mundo.

Vi, entre los cuadros más extraños, procesiones enteras de obispos. Reconocí el estado de todos: vi lo que pensaban, que salía de sus bocas en imágenes. Vi sus faltas con la religión representadas por deformidades exteriores. Así vi algunos que no tenían más que cuerpo: su cabeza parecía una nube oscura de bruma. Otros no tenían más que cabeza, y su cuerpo con su corazón era un vapor oscuro. Algunos eran cojos, otros paralíticos, otros dormían o se tambaleaban.»

LOS CATOLICOS ROMANOS

1820, agosto 25.—«No sé cómo he ido a Roma esta noche, pero me hallaba cerca de Santa María la Mayor, y he visto a mucha pobre gente piadosa llena de angustia y de susto porque no se ve más al Papa y por la agitación que reina en la ciudad y por los propósitos inquietantes que se tiene, aproximarse al templo para invocar a la Madre de Dios. Esta gente no parecía aguardar a que la iglesia fuera abierta: querían solamente orar cerca. Un impulso interior les había conducido allí sin haberse concertado, pero yo estaba en la iglesia y abrí la puerta. Me pareció que yo estaba detrás y que no me vieron.

No había acto religioso en el templo, solamente las lámparas permanentes estaban encendidas. Oraron muy pacíficamente. Después vi aparecerse a la Virgen María, quien dijo que la tribulación sería grande. Añadió que el pueblo debe de orar con fervor y con los brazos extendidos en cruz, aunque sólo lo puedan hacer por el tiempo de decir tres veces el padrenuestro: es así como su Hijo había orado por ellos en la Cruz. Debían de levantarse al instante para orar de tal modo, y continuar viniendo a la iglesia, cuya puerta encontrarían abierta. Había que orar por encima de todo para que la Iglesia Tenebrosa (*la falsa Nueva Iglesia Ecuménica*) se fuera de Roma. Los soldados, que ya están en marcha, no han de traer la salvación, sino la desgracia y la devastación, porque guerreando no se acude ni a la oración ni al ministerio de los sacerdotes. (*Se trata de situación bélica en Italia, la «tercera visita». No es aún la guerra apocalíptica de Cruzada contra la Bestia atea y blasfema.*)

Añadió otras muchas cosas y esto que me cuesta repetir: Dijo que si un solo sacerdote ofreciera el sacrificio incruento tan dignamente y con los mismos sentimentos que los apóstoles, podría desviar las calamidades.

No creo que la gente que estaba en la iglesia haya visto esta aparición; pero, sin embargo, quedaron alterados por algo sobrenatural, porque mientras la Virgen Santísima decía que debían orar a Dios con los brazos extendidos, todos levantaron los brazos. Todas estas personas eran buenas y piadosas y no sabían dónde hallar consejo y asistencia. No había un traidor, no había un enemigo entre ellos, y, sin embargo, estaban inquietos y tenían miedo unos de otros: se puede juzgar de la situación por este detalle.»

LA TORMENTA QUE VIENE DEL NORTE (*3.ª visita a Italia*)

1820, julio a mediados.—«De allí (*de Escandinavia*) fui a una inmensa región completamente tenebrosa y llena de maldad. Allí se levantan grandes tempestades. Los habitantes eran de un orgullo inaudito; edificaban grandes iglesias y creían tener la razón de su parte. Vi que se armaba y se trabajaba por todos lados: todo era sombrío y amenazante. Vi allí a San Basilio y otros más. Vi sobre el palacio de techos rutilantes al Maligno en acecho. Entonces me dirigí hacia el sur y levante.» (*Ha visto a Rusia en vísperas de su revolución de* 1917.)

1820, octubre 16.—«Después de esto mi guía me llevó a la cima de esta iglesia espiritual. Me mostró, desde lo alto de esta torre, la Tierra como un mapa de geografía. Vi y reconocí todos los países donde he estado tan a menudo: vi al Ganges y las regiones donde yacen cantidad de piedras preciosas resplandecientes; ello me hizo pensar en las cámaras que habían sido saqueadas en la tumba de los tres reyes. Vi engullidos por el fondo del mar muchos tesoros y objetos preciosos, mercancías, bultos, cofres y navíos enteros. Vi también diferentes partes de la Tierra: mi guía me mostró a Europa, y, mostrándome un pequeño rincón arenoso, me dijo estas singulares palabras: 'Aquí está Prusia enemiga'. (*El ángel custodio le ha señalado la Pomerania, que, con la marca de Brandeburgo, es la cuna y corazón de Prusia. Actualmente toda ella pertenece a Alemania comunista, Polonia y la U. R. S. S.*) A continuación me mostró un punto más al norte, diciendo: 'Mira allá a Moscú trayendo consigo abundantes males'.»

1822, septiembre 2.—«He visto elevarse entre el norte y el levante, como el sol en el horizonte, una figura de hombre con rostro pálido y alargado. Su cabeza parecía cubierta con un gorro puntiagudo. Estaba rodeado de cordones y tenía sobre el pecho un broche con una inscripción que he olvidado. Llevaba una espada rodeada de cintas pintadas, y planeaba sobre la tierra con vuelo lento semejante al de la paloma. Desenredó las cinta, agitó su espada a un lado y otro y arrojó las cintas sobre las ciudades adormecidas; las cintas las enlazaron como lazos. Dejó caer también pústulas y bubones sobre Rusia, Italia y España. Tendió un lazo rojo en torno a Berlín; de ahí vino a nosotros. La espada estaba desnuda; bandoleras de un rojo-sangre caían sobre nuestro país. Volaba haciendo giros.» (*Haga el Corazón Divino de Jesús que España haya terminado de sufrir las bubas del comunismo con la guerra de* 1936-39.)

1822, septiembre 11.—«Un ángel se levanta (*parece ser un «azote de Dios»*) entre oriente y sur armado de una cuchilla. (*El sudeste de Münsterland puede ser Checoslovaquia, Austria...*) Tiene en la empuñadura una vaina llena de sangre que derrama acá y allá. Viene hasta aquí y vierte sangre sobre la plaza de la catedral de Münster.»

1820, enero 2.—En este día tuvo tres accesos de grandes dolores físicos, que ofreció al Señor cada uno por intención distinta: «La tercera vez he sufrido por la Iglesia. Entonces he tenido la visión de una iglesia grande con una torre muy alta y muy artísticamente labrada, situada en una gran ciudad a orillas de un gran río. (*Se trata de Viena.*) El Patrono de la iglesia era San Esteban, y vi junto a él a otro santo que fue martirizado después de él. Junto a esta iglesia he visto a mucha gente distinguida, y entre ellos a muchos extranjeros, con mandiles y paletas de albañil; parecían enviados allá para demoler esta iglesia techada en pizarra y su hermosa torre. Toda clase de gente del país se juntó con ellos: había allí incluso sacerdotes y religiosos. Ello me produjo una tal tristeza que llamé en socorro a mi Esposo: le he dicho que San Francisco Javier había sido todopoderoso con la Cruz en mano, y le supliqué que no dejara al enemigo triunfar esta vez.

Vi en seguida a cinco figuras de hombre entrar en la iglesia; tres que parecían sacerdotes estaban revestidos de ornamentos sacerdotales pesados y antiguos, los otros dos eran eclesiásticos jóvenes que parecían llamados a las Ordenes Sagradas. Me pareció también que éstos recibieron la sagrada comunión y que estaban destinados a despertar la vida en las almas.

De pronto, una llama salió de la torre, se extendió sobre todo el techado y pareció que todo iba a ser consumido. Entonces pensé en el ancho río que atravesaba uno de los costados de la ciudad, preguntándome si no se podría detener el fuego con su agua. Pero las llamas hirieron a muchos de los que trabajaban en la demolición; ellas los expulsaron, mientras que la iglesia quedó en pie. Entonces vi que ella no podría ser salvada más que después de la gran tormenta que se aproximaba. Este incendio, cuyo aspecto era espantoso, indicaba, en primer lugar, un gran peligro, y en segundo lugar, un nuevo esplendor en la Iglesia después de la tempestad. En este país ya han comenzado a arruinar la Iglesia mediante las escuelas, que ellos entregan a la incredulidad.

He visto venir del norte una gran tempestad. Avanzaba en semicírculo hacia la ciudad de la alta torre y se extendía también hacia poniente. Vi a lo lejos combates y surcos de sangre en el cielo por encima de muchas regiones, y vi aproximarse desgracias y miserias infinitas para la Iglesia. ¡Pero los ministros de la Iglesia son tan flojos! No hacen uso de la fuerza que poseen en el sacerdocio. No pude dejar de llorar intensamente a la vista de ello.» (*Moscú busca el desgaste de Europa occidental promoviendo, a distancia, la subversión político-social en Austria, Alemania Federal, Italia, Gran Bretaña... Especialmente en Italia.*) (*Continuará.*)

DICHOS Y HECHOS

Por Teodosio DEL VALLE

Al regreso de nuestras vacaciones nos encontramos con tantos acontecimientos dignos de mención, que el espacio dedicado a nuestra glosa por el director nos será muy insuficiente... ¡Qué le vamos a hacer! ¡Paciencia! Vaya por el amplio de que disfruta Martín Descalzo en su revista y en «A B C».

Y sea el primero, el berrinche de Urbina, sacerdote director de la denunciada «Pastoral Misionera», y, según creemos, miembro destacado en la curia madrileña sobre pastoral. A nadie sienta bien una denuncia, por muy humilde que se sea; pero quien más quien menos reflexiona dentro de si mismo sobre la justeza o improcedencia de la misma. Menuda diatriba se le lanzó al rey y profeta David por el profeta Natán sobre su adulterio y homicidio; pero él humildemente bajó la cabeza y entonó su inolvidable MISERERE, que mereció de San Ambrosio la frase laudatoria de «Muchos reyes pecan como David, pero pocos confiesan su pecado, como él.»

Claro está que Natán, muy astuto y sagaz, no le «entró de frente», sino con la parábola de la única oveja de una viuda, sacrificada por mor de un banquete dado por el poseedor de muchas, y David cayó en la red, como se cuenta de Montero Ríos ante un gallego, paisano y vecino suyo, que le consultó sobre un árbol, lindero con su propiedad. Queda en el mundo de lo futurible lo que uno y otro hubieran contestado si se saben inmersos en la trama.

Tal vez algo parecido debiera haberse intentado en el caso que comentamos. Si a Urbina, por arte de birlibirloque se le hubiera trocado el campo de acción a la acera «inmovilista», su reacción no hubiera sido idéntica. «Ya», por ejemplo, cuando se le consulta por la doctrina de Küng, ni dice sí ni dice no, sino que aconseja que se rece por él en vez de levantarle una pira. En cambio, unos religiosos norteños, que, por lo que se ve, no comparten la táctica del mansísimo San Francisco de Asís, quemaron públicamente los ejemplares de nuestro semanario a semejanza de la mujer fea que hizo trizas el espejo en que se miraba.

¿Para qué tomar en serio los desmanes palabreros del sacerdote Urbina contra la inquisición, el oscurantismo, los enfermos patológicos que subrayan palabras tan naturales como orgasmo, acto coital, etc.? Recuerdo una anécdota en las Cortes Españolas antes de la República. El diputado republicano Lerroux, en sus tiempos feroces de «LOS BARBAROS», se expresó muy claramente contra el gobernador civil, repitiendo su frase de que por narices había que salir diputado el candidato del Gobierno.

El presidente de la Cámara, agitando fuertemente la campanilla, llamó al orden al orador, quien replicó: «Señor presidente, lo que no se debe hacer es resaltar estas palabras con la campanilla presidencial.» ¿Por qué no dar la razón al padre Urbina cuando considera que son «obsesos eróticos» y con manía persecutoria los denunciantes «infantiles» de su culta exposición?

Que la inquisición es la causa de nuestra incultura, de nuestro retraso histórico, cultural, científico y económico; que Torquemada es el demonio familiar español, antiespañol y anticivilizado y que como fantasmón miedoso se pasea por nuestras calles... Bien. Dejémosle con su rabieta, y si por desgracia no es circunstancial sino natural en él esa postura y lenguaje, peor para su hígado, si la causa patológica es temperamental. Si fuera procedente del entendimiento, sujeto a lecturas malsanas, como le ocurrió a Don Quijote, pidamos a Dios que le saque de esa «mentalización insana» al menos al final de la vida. En estos tiempos de «libertad mediatizada por los condicionamientos culturales y sociales» todo tiene su explicación natural.

Una señora gallega, muy culta, muy buena y muy sagaz, me contó que yendo en el tranvía una mujer empezó a despotricar contra los sacerdotes, sin que nadie la objetara ni hiciera caso. Terminada la perorata se dirigió a ella, pues iban contiguas, y le espetó estas palabras: «¿Verdad, señora, que tengo mucha razón?» Y ella le contestó: «Señora, es cosa de suerte. Usted ha tropezado con todos los malos y yo con todos los buenos.» Eso mismo digo yo. Si el padre Urbina sólo ha leído los libros malos que maldicen de España por su catolicismo, mala suerte la suya: lo más que podemos hacer en su favor es recomendarle que lea libros buenos. Y si nuestros grandes pensadores se le atragantan por ANTIGUOS, que escuche y relea las palabras elogiosas RECIENTISIMAS que ha pronunciado el presidente de la Asamblea de la O. N. U., el ecuatoriano BENITEZ, a quien tributo desde estas columnas mi más rendido homenaje de agradecimiento. Señor Urbina, no es un analfabeto, ni un obseso, ni un oscurantista, ni un inmovilitas español, ni un negrero del siglo XVII, sino un americano, «víctima», según sus autores predilectos, de la rapacidad, incultura y represión de la España que los buenos españoles llamamos INMORTAL.

● El segundo «caso» con el que nos topamos es el «trabajito» de ¡SEIS páginas! publicado por Martín Descalzo en su revista (quién fuera él para disponer libremente de una revista en la que desahogar todos los engendros que nos atenazan en noches de insomnio) contra su amigo el obispo de Cuenca, doctor Guerra Campos, por la nota en el boletín de la diócesis sobre «Normas del obispo y acuerdos de la Conferencia Episcopal».

La hemos leído repetidas veces y en ella vemos diseñadas las enseñanzas del Vaticano II, de Pablo VI y de la Teología y Derecho Canónico. Se necesita toda la audacia que reconocemos en Martín Descalzo para atreverse a los dislates que expone en su escrito. Asombra la facilidad con que pisa todos los terrenos teológicos, económicos, literarios, teatrales, sociales, históricos, reporteriles, etc. Le vemos en Estados Unidos, en Japón, en Filipinas, en Malasia, en París, en Roma, en general, en toda la geografía española; pero no como simple viajero que ve y transcribe con mayor o menor acierto sus experiencias, sino como entrometido en todos los entresijos y secretos de cada nación, sociedad o estamento social; dando su «diktat» incuestionable y resolutivo en todos los aspectos de la vida

Unas veces es DENTRO del Concilio Vaticano II o del Sínodo Episcopal o de las Conferencias Episcopales. Otras, descubriendo los «secretos» de la curia vaticana o dando patente de papables o no papables a eminentísimos cardenales, con los que le une, al igual que con los miembros más influyentes de los despachos romanos, una tal amistad que le confían sus pensamientos y posturas más secretas. Tiene capacidad para delinear las negociaciones sobre el futuro Concordato o para designar los que debieran ser nombrados para hablar por radio o televisión. En materia política, cataloga a unos y a otros como «carpetovetónicos extremistas» o «irredentos justificables». Le hemos leído dando consejos y directrices a los capitulares canónigos para su supervivencia en la «nueva Iglesia». Verdaderamente nos extraña que no se hayan fijado en él para elevarle a una jerarquía eclesial superior a la que ostenta como periodista, tratadista, autor teatral o de ensayos.

Recordamos que con motivo de la elección de los últimos auxiliares de la diócesis de Madrid-Alcalá se repartieron unas octavillas protestando del nombramiento de sacerdotes extraños a Madrid, habiendo en la capital escritores conocedores de la vida eclesial como Martín Descalzo, Pelayo y otros. Cordialmente nos unimos a esa designación.

Pero también decimos sinceramente que en la réplica a la nota del dignísimo obispo de Cuenca se ha pasado de rosca, como gráficamente se dice. Reconocemos —¡cómo no!— que no le mueven a escribir «afanes polémicos ni pretende atacar a la persona del obispo»; pero, por degracia, casi todos sus escritos dan ocasión de acerbas polémicas contra sus buenos propósitos, y es que escoge temas que, aunque no quiera, están en el ágora eclesial o política.

Recordemos algunos hechos: en la Conjunta se discutía sobre el celibato, a lo que se opuso el secretario, Guerra Campos, porque trascendía la competencia de la Asamblea y en caso de que se votasen propuestas equívocas o contrarias a la norma pontificia se vería obligado en conciencia a desligarse de esa actuación ilegítima. Debido a esta intervención enérgica se cambió el texto de la ponencia, retirándose «la urgencia de profundizar teológica y pastoralmente en la conexión del celibato con el ministerio sacerdotal», patrocinado por el auxiliar de Sevilla, Montero, quien opinaba que «la ley no es tan indiscutible ahora como hace años», según lo demostraba la carta del Papa a Alfrink y la inclusión del tema en el Sínodo.

Pues bien; en «A B C» se escribió que la suerte de la discusión hubiera sido muy distinta si la Asamblea hubiera conocido unas supuestas declaraciones de monseñor Rubin, que fueron desmentidas posteriormente por «L'Osservatore Romano». Cuando en diciembre de 1971 se reunió la Asamblea Episcopal española, el cronista de «A B C» tuvo que ser desmentido en nota oficial por tergiversar la resolución tomada en relación con las conclusiones de la Conjunta. También el obispo Guerra Campos, como secretario, rectificó lo afirmado por «A B C» sobre las votaciones supuestamente habidas acerca del futuro Concordato. Martín Descalzo estuvo mezclado en la divulgación de un supuesto «Monitum» de la Santa Sede a Guerra Campos. Finalmente, para no extendernos demasiado, con motivo de las magníficas charlas del «Octavo día» en la televisión, Martín Descalzo mostró su disconformidad pidiendo y dando nombres para otros locutores más de su agrado

Estamos plenamente convencidos de que sus actuaciones en los casos recordados, como en sus reportajes sobre la Asamblea de Seminaristas en Avila, o la reunión en Ginebra, o el Documento sobre la Iglesia y la Comunidad Civil, no son movidas por «afanes polémicos», sino para «disipar las confusiones»; pero lo cierto es que producen polémicas ardorosas y confusiones eclesiales.

Como no disponemos de tanto espacio como él, no entramos en el estudio profundo de sus afirmaciones; lo haremos en días sucesivos. Pero no queremos dejar sin réplica su queja de que «algunos obispos cuentan con los altavoces de las agencias más o menos oficiales que de hecho manipulan la información de casi todos los periódicos españoles». Como no lo diga en sentido irónico, hemos de interpretar su aserto de audacia inexplicable. ¿Quién tiene en su poder la casi totalidad de los diarios que más influencia tienen en España? ¿Hemos de dar sus nombres y los redactores y jefes de la sección religiosa? Las agencias periodísticas de mayor potencia económica y con una red de filiales en todas las provincias a quienes pertenecen. ¿De qué obispos reproducen sus largas pastorales y notas informativas y de cuáles o los omiten o las resumen brevemente en medio de columnas poco visibles? Y si pasamos a las revistas sacerdotales o de información religiosa, ¿cuáles gozan del apoyo eclesial posterior y previsor? Lo que ocurre es que querrían que la «*pasividad*» oficial que tantas pruebas está dando de consentidora excesiva prohibiera toda manifestación de réplica a las audacias ya incoercibles de un progresismo antieclesial y antigubernamental.

SATANAS EN LA CIUDAD Por Marcel de la Bigne de Villeneuve

(SATAN DANS LA CITÉ)

-TRADUCCION DE MARIA ZAMANILLO-

(EDITORIAL CATOLICA ESPAÑOLA, S. A. SEVILLA, 1952.)

Es fácil comprobar la conclusión del célebre hombre de Estado hindú por los juicios análogos emitidos por los espíritus más diversos ante el pavoroso espectáculo que ofrece el mundo contemporáneo. Berdiaeff ha enseñado, con perspicacia, que al antiguo politeísmo le sustituye en nuestros días un «polidemonismo» cínico, en el que «los nuevos demonios de la civilización técnica, de la máquina..., del odio social, engendrados por el capitalismo vienen a añadirse a las fuerzas oscuras de la raza, de la sangre, de la tierra, de la nacionalidad, del sexo» libertadas del subconsciente y surgen con acrecentada violencia (1). Antes de la primera guerra, escribe, por su parte, Reinold Schneider (2), «los mismos teólogos se preguntaban seriamente si había que creer en el Diablo... El mundo aparecía entonces tan luminoso. Desde entonces ha caído sobre él una espantosa oscuridad... Si queremos tomar en serio las experiencias de las últimas décadas, nos es preciso aceptar una imagen de la historia en que el Diablo tenga un lugar».

No se podría explicar legítimamente el plan sutil e inmenso de confusión y de ruina del mundo civilizado, tal como podemos inferirlo de sus manifestaciones actuales, por una incitación colectiva, ciega e inteligente. Es más verdadera que nunca la terrible frase de Bernanos: «Alguien es el Mal.»

He aquí una palabra que cae de mucho más alto: la del Papa Pío XII, que decía el 19 de febrero de 1949:

«Nos, estamos llenos de tristeza y de angustia al ver que la maldad de los hombres perversos ha alcanzado un grado de impiedad inconcebible y absolutamente desconocido en otros tiempos... Esto no sucede sin las maquinaciones de un enemigo infernal.»

Y al final del mismo año, el Episcopado portugues, uniendo el suyo al supremo testimonio del Soberano Pontífice, dedicaba una carta colectiva especial a denunciar la extensión del «espíritu de Lucifer» en el mundo que se revela, sobre todo, por ese «culto antropolátrico» que establece el ateísmo, afirmando su voluntad de instalar al hombre sobre el trono de Dios.

Como la hora es ya avanzada, me levanto, diciendo:

—Sus observaciones, señor abate, han causado, de veras, mi atención, y tengo curiosidad y ansiedad por conocer su opinión sobre un asunto que es para nosotros más candente que cualquier otro. Ya adivinará usted que me refiero a Francia.

—Los trabajos personales de usted acerca de este punto tan doloroso, le harán presumir lo que yo puedo decirle—responde el señor Multi—; pero, en efecto, no será inútil empezar esa cuestión por el aspecto más propiamente teológico. al cual usted naturalmente no puede referirse, pues nuestra Patria no es, por desgracia, ni la menos ardiente en la cruzada satánica ilustrada ya con tantos episodios lamentables; por lo mismo que conocemos mejor lo que pasa en nuestra casa, hasta puede suceder que sea en Francia donde podamos discernir más claramente el plan de Lucifer, del cual ella se ha hecho, por la Revolución, la ejecutora, la propagandista y, ¡ay!, casi podría decirse la misionera.

V

El abate Multi aparece hoy muy sombrío.

—Sí—me dice—, es preciso hablar de Francia, puesto que su caso es más importante que cualquier otro, dado que ella ha servido de guía al universo y continúa siéndolo hasta en sus desviaciones y decadencia, pues sus ideas han tenido siempre influencia y repercusión mundiales. El cataclismo que la sacudió a fines del siglo XVIII, del que tendremos que hablar mucho, constituye realmente una «época» en la vida de la humanidad, y presenta, sin duda, como hemos de verlo, una significación muy grande. Pero estas conversaciones van a resultarnos cada vez más penosas, y siempre que toco este punto que ahora abordamos, noto como una opresión dolorosa. Es tan desconsolador, después de haber celebrado las *Gesta Dei per Francos*, el preguntarse uno si en adelante no habrá que escribir y por cuánto tiempo: *Per Francos gesta diaboli*!

—¡Oh!—exclamo yo—. ¿No es usted exageradamente pesimista? Tenemos, sin duda, los más graves motivos de tristeza y de inquietud, pero usted sabe como yo, y mejor que yo, cuánto queda aún en Francia de fe, de abnegación, de desinterés y de heroísmo. Más que el fondo es la superficie lo que está tocado; es el exterior y lo oficial, más que el alma de los ciudadanos, lo que está pervertido. Que se derrumbe el régimen y reaparecerán las antiguas virtudes.

—Puede ser, y quiéralo el cielo—responde el abate con tristeza—; pero precisamente yo veo que el régimen no se derrumba. Como el Fénix de la leyenda, renace en sus propias cenizas o, mejor, de su propia corrupción, y de esta renovación tiene la responsabilidad el pueblo, ya que podría oponerse a ella con un poco de clarividencia y de valor. Pero como el perro de la escritura vuelve al vómito, es decir, a los principios envenenados que le intoxican. Desde hace medio siglo aproximadamente que yo observo la vida pública, no veo, a pesar de algunas veleidades efímeras, ni ensayo real de comprensión ni arrepentimiento ni mejora seria. Bien al contrario, la infección se extiende cada vez más y la decadencia se agrava. ¿Se lo diré a usted? Me temo que Francia tiene el Gobierno que merece. Cierto que aún quedan justos en Sodoma, pero me pregunto si se encontraría al número necesario para su salvación.

Y en todo caso, lo que usted afirma con un optimismo casi temerario confirmaría, si fuese necesario, la idea que ya hemos expresado y comentado, y que yo quisiera recalcar de nuevo hoy: que es por arriba, por las instituciones y las doctrinas, mucho más que por la acción directa y personal de los hombres, por donde se introducen entre nosotros la descomposición y la putrefacción, y para remediarla y combatirla y curarla haría falta, lo primero, darse cuenta de la situación y tomar las disposiciones adecuadas, y es cabalmente esta verdad y esta evidencia las que la casi totalidad de nuestros contemporáneos no quieren admitir a ningún precio.

Ensaye usted el exponerles cómo después de una preparación muy fácil de discernir, el Espíritu del mal se ha infiltrado victoriosamente en nuestra organización social y gubernamental e intente mostrarles las trazas demoníacas irrecusables que ésta permite, y en seguida será usted calificado de utopista y soñador, cuando no de místico y visionario. Y hasta muchos, con una estupidez que desarma, porque la inspiran excelentes intenciones, le reprocharán de introducir la división entre los opositores con esas críticas de principios cívicos admitidos demasiado generalmente. Nada de política, le dirán con la tradicional gravedad del asno a quien se cepilla, nada de política: Todas las opiniones son libres y debemos cuidar de no indisponernos con los amigos que tienden a las ideas avanzadas y evitar, sobre todo, la acusación de reaccionarios que haría estéril nuestra acción. Aceptemos como un hecho las instituciones existentes, cualesquiera que sean; en el terreno social hay mucho bueno que puede ser ejecutado por todos, y ahí podemos ponernos de acuerdo evitando las causas de discordia y los eternos asuntos de discusión.

Y los desgraciados imbéciles no advierten que dejan así el campo libre a Satanás, que se ha instalado en la torre de mando de la fortaleza política, porque sabe bien que esta posición preponderante domina todas las demás y permite toda clase de incursiones y conquistas, a la vez que se ríe de la prudencia malsana de esos bobos incurables que creen hábil y juicioso respetar la bandera que él ha izado. Sin embargo, algunos espíritus más clarividentes y reflexivos saben descubrir todavía su presencia, su acción y su método, y desean responderle con una táctica igual que la suya, que juzga la única eficaz para batirle y derrotarle.

—Dispense que le interrumpa, señor abate—digo yo—. Va usted un poco de prisa para mí. Sinceramente tiendo a creerle y a colocarme al lado de su opinión, pero quisiera oírle corroborar sus aserciones con algunas pruebas. Reconozco con gusto que todo sucede *como si* el Príncipe de las Tinieblas hubiese llegado a ser el animador oculto y todopoderoso de nuestra vida política contemporánea; pero hay mucha diferencia entre una comparación, por verosímil que parezca, y la comprobación de una realidad. ¿Puedo, pues, pedir a usted, si no una demostración positiva que seguramente no es posible en este orden de ideas, al menos un sistema de proposiciones lo bastante demostrativas para llevar la convicción a un espíritu imparcial?

—Su petición está perfectamente fundada, amigo mío, y es fácil complacer. Puesto que usted no se niega a admitir, como debe hacerlo todo cristiano y hasta todo espiritualista, la posibilidad de la inhabitación de Satanás en las instituciones y en las doctrinas sociales, se pueden seguir sus tentativas de ocultamiento y sus progresos casi paso a paso.

Limitándonos a nuestro país, me parece un deber el hacer remontar sus trabajos de aproximación, su obsesión sistemática, hasta el fin del reinado de Luis XIV. Parece claro que a pesar de su conciencia profesional y sus altas cualidades, el gran rey cayó en la trampa de orgullo que le tendió el eterno tentador. Extraviado, sin duda, por la convicción excesiva del carácter supernatural de su cargo y de su infalibilidad personal, cedió en el período de su declive al prurito de subordinar el orden ya consagrado de las cosas a los impulsos de su propia voluntad. La pretensión de introducir en la sucesión real y de legitimar, en cierto modo, con flagrante violación de las leyes fundamentales del reino a los bastardos salidos de un doble adulterio, quebrantó ampliamente las bases religiosas, morales y tradicionales de la sociedad de aquellos tiempos, que quedaron debilitadas y mucho más vulnerables a los asaltos del mal.

---

(1) Nicolás Berdiaeff: «Destin de l'homme», pág. 118.
(2) «L'homme devant le jugement de l'histoire».

— NO HAY DIALECTICA NI SOCIOLOGIA SIN DIOS.
— NO HAY UNIDAD NI PAZ EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS SIN DIOS.

POR ESO:

— EN "¿QUE PASA?" NO SE HACE MAS POLITICA QUE LA DE DIOS.